TOMÁS DE CANTIMPRÉ

Vida de santa Lutgarda

Vita S. Lutgardis

SABBATISMUS

Tomás de Cantimpré (c. 1201–1272)
Vita S. Lutgardis · Vida de santa Lutgarda

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego (Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

Prólogo

A la reverenda señora Hawide, muy amada en Cristo, por concesión divina abadesa de Aywières, y a toda la santísima comunidad que está con ella, un fraile, subprior por su oficio, pero el menor de los frailes dominicos: salud, y el mismo bien que desea para sí.

En el saludo he puesto el oficio de mi persona y mi Orden, aunque no mi nombre propio, para que la autoridad quede avalada por el oficio y la Orden, y la obra que sigue no pierda estima por la mención de mi nombre. Me movió a ello no solo vuestra caridad, sino la de muchos monasterios, y también el amor ardentísimo y del todo singular que yo profesaba a su persona. He escrito como he podido la Vida de la piadosa Lutgarda, dividiendo toda la obra en tres libros, según el triple estado del alma: el de los principiantes, el de los aprovechados y el de los perfectos. El primero, cómo inició en la Orden de San Benito la santidad de su conversión; el segundo, cómo aprovechó al pasar a la Orden del Císter; y lo que el Señor se dignó obrar por medio de ella en los once años anteriores a su muerte, en su muerte y después de ella, lo abarcará y contendrá el libro tercero, como el grado, por así decir, de la perfección.

Y no creo que desde hace muchos años se haya escrito la vida de nadie que encierre en sí tantas

virtudes insignes y tales privilegios de maravillas y milagros. Y si se pregunta cómo haré que los lectores den fe a todo lo que he escrito, respondo brevemente —y sea el mismo Cristo testigo y juez— que muchísimas de estas cosas las recibí de labios de la misma piadosa Lutgarda, como su confidente más íntimo, y en ellas no creo que haya nadie tan temerario que contradiga su testimonio; lo demás declaro haberlo sabido de personas tales que en modo alguno se apartarían de la senda de la verdad. Muchas cosas, además, y verdaderamente magníficas, no he querido escribirlas, ya porque no serían inteligibles para los sencillos, ya porque no hallé testimonio adecuado. Puesto que, pues, la caridad todo lo cree, todo lo soporta (1 Cor 13,7), pido a aquellos en quienes Dios infundió el espíritu de su caridad que crean lo que aquí se propone, si algo hay santo, si algo útil, si algo conforme a la verdad; y que al mismo tiempo soporten con paciencia lo que yo haya puesto con menos acierto, con menos letras o con poca discreción, aunque por estas faltas los malintencionados lo rechacen más de lo debido. Pues es rasgo de los buenos ingenios, como dice el gloriosísimo Agustín, amar en las palabras la verdad, no las palabras. Ni el oro es menos precioso porque se saque de la tierra, ni el vino menos sabroso porque se recoja de maderas humildes. Reciban, pues, la Vida de la piadosa Lutgarda no solo vosotras, sino las comunidades de vírgenes de todos los monasterios de Brabante, para que aquella que por la fama de su virtud fue conocidísima de todos se dé a conocer más plenamente

por el breve relato de este librito, y acreciente la virtud y el mérito de quienes lo lean, pues tendrán ante sí trazado el ejemplo de la virtud. Que vuestra santa y sincera benignidad se conserve bien; y que la piedad divina os guarde incólumes, acordándoos de mí en vuestras oraciones. Amén.

Antigua división de los capítulos

Libro I, capítulo I. De su nacimiento e infancia.

II. Cómo la pretendió cierto joven, y por una visión de Cristo se convirtió del todo y quedó libre de repente.

III. Cómo una devota y noble matrona predijo que sería como otra Inés.

IV. Cómo la pretendía cierto caballero, y ella lo rechazó varonilmente y lo dejó confundido.

V. Cómo el mismo caballero quiso raptarla por la fuerza, y ella escapó milagrosamente.

VI. Cómo predijo una gravísima desgracia al secuaz del caballero, que se ensañaba contra ella.

VII. Cómo venció la vergüenza cuando, al volver a San Trond, le salió al encuentro la gente.

VIII. Cómo la bienaventurada Virgen la consoló cuando sintió temor por ciertas palabras de las monjas.

IX. Cómo se le apareció santa Catalina.

X. Cómo toda la comunidad la vio suspendida en el aire.

XI. Cómo se vio de noche descender sobre ella una claridad como la del sol.

XII. Cómo el Señor, porque se compadecía de los enfermos, le dio la gracia de las curaciones; y después, la de entender el Salterio; y después

cómo, perdidas estas, alcanzó la gracia de Dios para mientras viviera.

XIII. Cómo, cuando algo la atribulaba, era arrebatada en espíritu y sorbía del costado del Señor una dulzura admirable.

XIV. Cómo se le apareció Juan Evangelista en forma de águila, y qué se le mostró por medio de aquella águila.

XV. Cómo se le apareció Cristo clavado en la cruz, y ella besó su llaga.

XVI. Cómo le parecía que sus manos destilaban aceite.

XVII. Cómo fue consagrada, y cómo se vio que le ponían sobre la cabeza una corona de oro; y esto lo vieron dos personas.

XVIII. Cuán perfectamente siguió a Cristo, el Cordero.

XIX. Cómo, mientras cantaba, se vio que Cristo la acariciaba en figura de cordero.

XX. Cómo fue hecha priora en el monasterio de Santa Catalina.

XXI. Cómo Cristo interpuso su mano cuando padeció violencia en el beso de cierto abad, en aquel mismo monasterio; y cuánto deben huir las mujeres religiosas de los besos de los hombres.

XXII. Cómo pasó de la Orden de San Benito a la Orden del Císter.

Libro II, capítulo I. Cómo se le apareció la bienaventurada María cuando temía que la eligieran abadesa; y cómo milagrosamente no pudo aprender el francés.

II. Cómo la bienaventurada Virgen se quejó de la gravedad del mal de los albigenses, y cómo por

ello se le mandó ayunar siete años seguidos a pan y cerveza, solo para que el Señor se aplacara con su pueblo.

III. Cómo libró al maestro Jacobo de Vitry de una gravísima tentación.

IV. Cómo libró del purgatorio a cierto Simón, abad de Foigny, con vehementísimas oraciones dirigidas a Dios.

V. Cómo quiso cerciorarse de su estado, y a la vista de todos apareció un joven resplandeciente para consolarla.

VI. Cómo deseaba morir, y se le aparecieron las llagas de Cristo, que clamaban a ella por los pecadores.

VII. Cómo el papa Inocencio III, recién muerto, se le apareció al instante.

VIII. Cómo el maestro Juan de Lier se le apareció recién muerto; y qué le dijo Cristo mientras ella lloraba su muerte.

IX. Cómo se le reveló por segunda vez que ayunara otros siete años por los pecadores; y que, así como el mismo Cristo se ofrecía cada día al Padre por los pecadores en el sacrificio del sacramento, así también ella se ofreciera a Cristo.

X. Cómo se le apareció un demonio y le dijo que había engañado a cierta monja; y cómo aquella monja quedó libre.

XI. Cómo por medio de ella quedaron libres ciertas monjas de los demonios que moraban en ellas.

XII. Cómo cierta monja llamada Yolanda, advertida por ella antes de morir, se apareció después de su muerte.

XIII. Cómo se le apareció su hermana difunta.

XIV. Cómo se le prohibió recibir cada domingo el Sacramento del Altar.

XV. Cómo se le apareció un demonio en la muerte de cierta hermana.

XVI. Cómo los demonios se le aparecían con frecuencia, y cómo la temían.

XVII. Cómo temía no haber rezado siempre bien las Horas debidas, y cómo por ello uno enviado por el Señor la tranquilizó.

XVIII. Cómo se vio salir una llama de su boca mientras cantaba.

XIX. Cómo, después de comulgar el Cuerpo del Señor, no quiso privarse de la comida, sino que dijo al Señor que ocupara a cierta monja débil con los restos del pensamiento; y así se hizo y se comprobó.

XX. Cómo aquella misma Isabel fue curada por su oración.

XXI. Cómo deseó padecer el martirio por Cristo, y por aquel deseo se le rompió una vena junto al lugar del corazón y derramó sangre en admirable abundancia; y así el Señor le dijo que por ello recibiría el mérito de Inés en su martirio.

XXII. Cómo cierta monja, doña Matilde, recobró el oído perdido por la imposición de su dedo.

XXIII. Cómo, recordando la pasión de Cristo, cierto presbítero la vio en contemplación como totalmente bañada en sangre.

XXIV. Cómo con vehementísimas oraciones convirtió al Señor a cierto caballero, don Thimer, hombre de vida infame.

XXV. Cómo libró a una monja de sus tentaciones; y cómo esa misma monja obtuvo milagrosamente lo que pedía.

XXVI. Cómo predijo a una mujer gravemente tentada que había de morir el Viernes Santo.

XXVII. Cómo cierto hombre, con solo verla, se arrepintió de sus pecados y, satisfaciendo por ellos, quedó libre.

XXVIII. Cómo sanó a un epiléptico.

XXIX. Cómo en la fiesta de Todos los Santos se le apareció una multitud de santos.

XXX. Cómo a doña Sibila, agobiada por el servicio que le prestaba, se le respondió de noche por medio de una voz.

XXXI. Cómo cierto hombre desesperado, mientras hablaba con ella, vio sobre ella una claridad luminosísima, y quedó confortado.

XXXII. Cómo durante el cántico «Te Deum laudamus» se le apareció la bienaventurada Virgen.

XXXIII. Cómo, al compadecerse ella de cierta pobrecilla, el Señor le dijo: «Porción mía».

XXXIV. Cómo brilló en muchas cosas por el espíritu de profecía; cómo por medio de ella se dieron a conocer el nombre y el mérito de cierta virgen, Osana, que durante muchos años se habían ignorado.

XXXV. Cómo predijo la vuelta de cierto apóstata a su Orden.

XXXVI. Cómo predijo la muerte de la duquesa de Brabante.

XXXVII. Cómo declaró a cierta mujer su tentación oculta, y la libró de ella.

XXXVIII. Cómo con sus oraciones libró a uno que se veía atormentado al oír confesiones.

XXXIX. Cómo se vio que dos ángeles la conducían al altar; y cómo otra vez, antes de su muerte, se vio a la bienaventurada Virgen María y a san Juan Bautista a su lado, uno a cada mano.

XL. Cómo tuvo conocimiento de una lengua desconocida para consolar a cierta mujer que había caído en la desesperación; y cómo esta quedó libre por medio de ella.

XLI. Cómo, mientras lloraba largamente por los pecadores, se le apareció el Señor y con su propia mano enjugó las lágrimas de sus ojos.

XLII. Cómo durante cinco años fue visitada cada día por los ángeles, y con frecuencia por la Madre del Señor o por los apóstoles; y, sin embargo, nada le bastaba sino solo Dios.

XLIII. Cómo vivió en un triple estado; y esto fue yacer en el triple lecho del Cantar de los Cantares.

Libro III, capítulo I. De cómo quedó ciega once años antes de su muerte, por lo cual alcanzó una luz interior más espléndida.

II. Cómo se le apareció Jordán, de santa memoria, Maestro de la Orden de Predicadores, y le dijo que estaba entre los coros de los apóstoles y de los profetas.

III. Cómo por tercera vez cumplió siete años de ayuno.

IV. Cómo el cardenal Jacobo, muerto en Roma, se le apareció al cuarto día, estando ella arrebatada al cielo, y le dijo que había sido librado del purgatorio.

V. Cómo predijo con cinco años de antelación el día de su muerte.

VI. Cómo el mismo año, en la vigilia de la Natividad del Señor, se le apareció el dicho maestro Jordán y le dijo que su muerte estaba cerca.

VII. Cómo, cuatro años antes de su muerte, cuando el pueblo de los tártaros asolaba muchos reinos y se temía que llegara por toda Alemania, predijo que no llegaría, sino que se volvería atrás.

VIII. Cómo le fue mostrado después de su muerte don Balduino de Barbençon, prior de Oignies.

IX. Cómo contemplaba el rostro de Cristo, según aquello del Cantar: Mi alma se derritió cuando mi amado, etc. Me encontraron (Cant 5,6–7).

X. Cómo, oyéndolo una monja, se dejó oír sobre ella una voz: Mis delicias son estar con los hijos de los hombres (Prov 8,31).

XI. Cómo, un año antes de su muerte, Cristo le pedía solo tres cosas.

XII. Cómo en el tiempo pascual anterior a su muerte se le apareció Cristo el Señor con María, su madre, y le predijo su muerte.

XIII. Cómo quince días antes de su muerte se le aparecieron la bienaventurada Virgen María y san Juan Bautista, y algunos amigos suyos muy queridos que ya habían muerto, anunciándole su tránsito; y su gloriosísima respuesta sobre cómo podía conocer y distinguir a los santos que se le aparecían en multitud.

XIV. Cómo reprendió a las hermanas que estaban en la enfermería, y predijo que después de su muerte el Señor las corregiría; y cómo sucedió.

XV. Cómo cierto amigo suyo seglar había pecado gravemente y alcanzó el perdón por sus oraciones; y cómo el Señor haría bien, por amor de ella, no solo a él, sino a todos los que ella amó y a los que la amaban y ponían en ella su esperanza.

XVI. Cómo murió, y qué hizo en la muerte; y cómo dijo que el ejército celestial estaba en el claustro cuando entraba la muerte.

XVII. Cómo los ojos que abrió antes de morir ya no los volvió a cerrar; y qué sintieron algunas en su muerte; y cómo fue su rostro en la muerte y después de ella.

XVIII. Cómo cierta hermana tenía una mano inútil, y quedó sana al tocar su cuerpo mientras lo lavaban.

XIX. Cómo muchos años antes había predicho que, después de su muerte, me bastaría su dedo meñique a mí, que había codiciado su mano; y cuán milagrosamente se cumplió.

XX. Cómo fue sepultado su cuerpo.

XXI. Cómo se apareció a cierta monja, y cómo dijo que había pasado sin purgatorio y que había librado a muchas almas del purgatorio; y predijo que otra moriría, y esta murió inmediatamente después.

XXII. Cómo, en la visión de cierta monja, se la vio calmar la peste que, según su profecía, había llegado entre las monjas.

XXIII. Cómo una noble doncella, Beatriz, fue sanada por su velo.

XXIV. Cómo fue sanado don Alardo, el capellán.

XXV. Cómo fue sanada Oda, la subpriora.

XXVI. Cómo cierta monja comprobó su virtud por medio de unos lirios puestos junto a su sepulcro.

XXVII. Cómo María de Andenne fue sanada de repente de un violentísimo dolor de cabeza por medio de su velo.

XXVIII. Cómo por su cíngulo cierta matrona quedó libre cuando sufría un parto peligroso; y lo mismo han experimentado muchas otras.

LIBRO PRIMERO.

La vida de santa Lutgarda en la Orden benedictina

I. Apartada del matrimonio y del amor de los hombres, su alma queda presa del amor divino

La piadosa virgen Lutgarda tuvo su origen en aquella ciudad de Tongres, en otro tiempo famosísima, de madre noble y padre burgués. Su padre, pues, que amaba tiernísimamente a su hija y deseaba verla prosperar según el fausto del siglo, confió veinte marcos de plata a cierto mercader cuando ella era todavía una niña pequeña, para que entretanto, mientras la pequeña crecía, multiplicado el caudal, se acrecentaran los bienes de la dote de la hija que había de casarse. La niña, al crecer y entender lo que se hacía por ella, anhelaba el matrimonio, tanto como puede quererlo una edad semejante. Pero el piadoso Señor, que prevé lo venidero y llama a las cosas que no son como si fueran (Rom 4,17), frustró el designio

del padre y dispuso otra cosa de Lutgarda, a quien había de desposar consigo. Porque aquel que había recibido el dinero destinado a Lutgarda para acrecentarlo con el comercio, pasando a menudo a Inglaterra y arruinándose por diversos infortunios, disipó por completo los veinte marcos, hasta no quedar más que uno. Y, sin embargo, esto no habría apartado de su propósito la intención del padre ni la descarada desvergüenza de la hija, si la insistencia de su piadosa madre no hubiera vencido el ánimo de la hija, ya con amenazas, ya con halagos. Pues la madre decía a la hija, y se lo inculcaba muy a menudo: «Si quieres casarte con Cristo, te prepararé un monasterio honradísimo, dondequiera que quieras. Pero si eliges a un hombre mortal, no tendrás a otro que a un vaquero». Con estas y otras palabras semejantes, aquella insigne mujer inclinó tanto el deseo del marido como la voluntad de la hija al propósito de un estado mejor. Mientras vivió en casa de su padre, vestía aún con adornos; pero huía de las bromas deshonestas, de las conversaciones amorosas y de todas las necedades de muchacha; y, cosa admirable, aunque todavía no conocía al Señor (pues aún no se le había revelado en nada), sentía sin embargo en lo íntimo del corazón, cuando estaba sola, no sé qué de divino. Y en verdad, ya desde entonces el Señor se preparaba en Lutgarda un templo dignísimo para su morada. Prevaleció, pues, con la gracia divina el derecho materno sobre la hija; y, llegada a la edad de poco más de doce años, fue entregada al servicio divino en el monasterio de Santa Catalina, junto a la villa

de San Trond, en Hesbaye, entre las monjas de la Orden de San Benito.

Como la pretendiera un joven poderoso en riquezas y linaje, ella empezó a veces a inclinar suavemente su ánimo a las palabras de él. Y el joven, acechando el momento y el lugar, intentaba llegar de noche, a escondidas, a la casa donde dormía la doncella. Pero apenas se hubo acercado, presa de un temor repentino, huyó. Insistió, pues, el diablo de extrañas maneras para inclinar al consentimiento el ánimo de la muchacha; pero en vano, porque el Omnipotente no lo permitió. Y estando una vez la sencilla muchacha sentada en conversación con el joven, se le apareció Cristo en la misma forma de su humanidad con que en otro tiempo había vivido entre los hombres; y, apartando de su pecho la vestidura con que parecía cubierto, le mostró la llaga del costado, ensangrentada como con sangre reciente, y le dijo: «No busques más los halagos de un amor necio: contempla aquí sin cesar qué debes amar y por qué debes amarlo; aquí te prometo que alcanzarás las delicias de toda pureza».

Sobrecogida, pues, Lutgarda por semejante oráculo, se aplicó al punto con los ojos del corazón a acoger lo que había visto; y, como paloma que medita en la ventana por donde entra la luz del sol, contemplaba sin descanso la puerta cristalina del arca que figuraba el cuerpo de Cristo. Pronto, consumida la flor de la carne, palideció su rostro, como el de todo amante; e iluminada interiormente por un resplandor de lo alto, sintió que había perdido la tiniebla de toda vanidad. Vién-

dola un día cierta matrona noble y devota, dijo con espíritu de profecía lo que añado: «Tú —dijo —, según veo, eres una buena Inés, y en verdad serás otra Inés». Poco después vino el joven y comenzó a hablarle de nuevo de lo que pretendía. Y ella, como en otro tiempo la beatísima Inés, le respondió mientras él la miraba boquiabierto: «Apártate de mí, pasto de muerte, alimento del crimen, porque otro amante se me ha adelantado».

Pero también otro joven, caballero esforzado en las armas, se enamoró no obstante de Lutgarda, que ya se adhería a Dios con más sinceridad. Durante muchos años la pretendió, aunque ella lo resistía en su ánimo; y ella lo rechazaba, primero con cortesía y después con mayor seriedad. Y cuando vio al caballero obstinado en su necedad, lo despidió aquella vez con palabras afrentosas.

El caballero, pues, dolido por verse despreciado, discurría qué podría hacer; y sucedió que Lutgarda, llamada por su hermana mediante mensajeros, se puso en camino; y el joven le salió al encuentro con un tropel de secuaces e intentó raptarla. Al punto la muchacha, saltando del caballo en que iba montada, se arrancó con violencia de las manos del joven; y huyendo toda la noche por parajes desconocidos de los bosques, guiada por un ángel, llegó por la mañana a casa de su nodriza. Cuando la vio la nodriza, sospechando que la habían forzado, le dijo: «¿Acaso aquel joven te ha forzado esta noche?» Y ella respondió: «No». Y no es de extrañar que la nodriza lo sospechara, como hemos dicho; pues los cria-

dos de ella, al ver la tarde anterior que el joven se les echaba encima con una fuerte banda, huyeron y, como es costumbre en tales casos, lo pregonaron a gritos como raptor. Y él, aterrado por las voces de los que gritaban, cesó de perseguir a la doncella y huyó. Con ocasión, pues, de aquel griterío y de aquella fuga, la inocente muchacha cayó en sospecha ante la gente.

Pero en este suceso ocurrió algo que de ningún modo debe pasarse en silencio. Cuando el caballero, para raptarla, bajó del caballo a cierta distancia, uno de sus secuaces le prestaba el servicio doméstico de sujetarle el caballo. La virgen Lutgarda, viéndolo obstinado en su ánimo, aun frustradas ya las fuerzas del caballero, no tanto maldiciéndolo cuanto previéndolo, le gritó: «Con la mano con que sostienes las riendas del caballo del caballero que me acosa —dijo—, harás pronto obras por las que serás afrentado en este siglo, en las cosas temporales». Mira, pues, lector, cuán pronto y cuán verdaderamente se cumplió. Pues, al volver a su casa, con aquella misma mano con que había sujetado el freno mató poco después a su propia esposa; y por ello, expulsado de su tierra, fue privado de todos sus bienes.

No mucho después, volviendo de casa de su hermana a la villa de San Trond, venía a caballo con sus criados. Rodeada allí por el gentío, que se agolpaba con curiosidad, comenzó a sentirse abrumada por un inmenso peso de vergüenza, y al punto trajo a Cristo a la memoria; y, dominándose con fortaleza, llevó la mano al rostro y se apartó el velo. Y dijo así a Cristo: «Por nosotros,

Señor, el más inocente de todos; por nosotros, hermosísimo, fuiste despojado de tus vestiduras, atado a la columna y vestido con un manto de púrpura para escarnio de un pueblo enfurecido; y, coronado con una guirnalda de espinas, colgaste desnudo del patíbulo. Así pues, no hallando nada con que corresponderte, te ofrezco esta vergüenza, despreciada por ti». ¡Cosa admirable! Apenas había acabado estas palabras, cuando, al descubrir ella el rostro, la muchedumbre se retiró confundida. Ella, en cambio, volviendo al monasterio, se regocijó, aprovechando desde aquel día en adelante en los bienes más excelentes del Señor. [A fray Bernardo, fraile de la Orden de Predicadores y penitenciario del señor papa, le reveló por entero todos los secretos de su corazón —no, desde luego, como a mí, porque era de espíritu más digno y más apto para recibirlos—. Creo, sin embargo, que esto no me lo dijo a mí menos por entero, aunque yo fuera menos digno; y yo mismo convengo en que mucho antes había pedido al Señor que le enviara alguna vez una vergüenza en la que pudiera imitar en su propia persona la vergüenza de la Pasión del Señor.]

Desde entonces, pues, apartada de casi toda conversación y consuelo de los hombres, anhelaba enteramente las cosas celestiales. Y como algunas, envidiosas, censuraran su vida más austera, que no podían imitar, dijeron: «Dejadla por ahora, mientras le dura el fervor; después veréis cómo, cuando se haya entibiado, vuelve con rubor a lo que ahora necia desprecia». Al oír esto Lutgarda, comenzó a temer humildemente de sí

misma, y a recelar con gemidos que quizá llegara a cumplirse lo que de ella decían las de más edad. Se le apareció entonces la bienaventurada Virgen María con rostro de quien se alegra con ella y le dijo: «No, hija amadísima, no será como temes; no tengas miedo de recaer: protegiéndote mi solicitud, serás afianzada para la salvación, y no disminuirán en ti ni el ejercicio de la virtud ni la gracia, sino que de día en día se te irán acumulando siempre para tu corona». ¡Promesa ilustre, en verdad, y digna de abrazarse más allá de toda palabra! Y, sin embargo, cuando estaba dulcemente unida al Señor en la oración o en la contemplación y algún asunto urgente la llamaba, decía al Señor con gran sencillez y pureza de corazón, como quien habla con familiaridad a un amigo: «Señor Jesús, espérame aquí: en cuanto termine, vuelvo enseguida contigo». ¡Admirable sencillez la de sus caricias! ¡Admirable clemencia del Redentor para con ella! Pues lo halló dispuesto para ella en todo lugar de su señorío (Sal 103,22), dispuesto en toda ocupación.

Por el mismo tiempo, la beatísima virgen Catalina, protectora y patrona de aquel monasterio, se apareció en grandísima gloria de claridad a Lutgarda mientras lloraba y oraba. Y como ella, llena de temor, le suplicara que rogara al Señor por ella, respondió santa Catalina y dijo: «Ten confianza, hija, porque el Omnipotente aumentará siempre en ti la gracia, hasta que, por la más alta cumbre de la vida, alcances entre las vírgenes el mérito más excelso». Esto me lo contó ella misma antes de su muerte, como otras muchísi-

mas cosas, después de que yo la obligara con juramento. Y para que la palabra de la verdad se mantuviera por boca de dos testigos (Mt 18,16), santa Catalina se apareció a cierta mujer beatísima y le dijo: «Busca a Lutgarda como intercesora y madre tuya. Ella obtendrá del Señor omnipotente un mérito y un lugar en el cielo iguales a los míos». Ved, pues, oh vosotras, monjas de Aywières, de cuánto mérito era la mujer que habitó entre vosotras cuarenta años; considerad cuánto habéis aprovechado por ella; examinad con más cuidado si todas le tributasteis la reverencia que merecía. Pues estoy seguro de que a las que la honraron les alcanzará mérito, y a las que la descuidaron, si se duelen de ello, perdón.

Para que, pues, puedan creerse y probarse de ella cosas aún mayores que estas, contaré un gloriosísimo milagro, conocido de muchos. En el santo día de Pentecostés, mientras las monjas cantaban en el coro el «Veni Creator Spiritus», las que estaban en el coro vieron clarísimamente que Lutgarda se elevaba en el aire dos codos sobre el suelo. Y no es de extrañar que se suspendiera de la tierra hacia el cielo el cuerpo de aquella cuya alma, hecha ya más alta que el mundo, poseía el cielo según la promesa del Señor: Todo lugar, dice, que pise vuestro pie será vuestro (Jos 1,3). Con el pie del afecto, en efecto, pisó el cielo, que no tiene espacio ni lugar; y el cielo que pisaba con su mente célibe lo alcanzó también, en cuanto le era posible, con el movimiento de su cuerpo. Feliz, pues, Lutgarda por tan gran milagro, cuyo

cuerpo y alma se regocijaron en el Dios vivo (Sal 84,3).

Y fue también solemnísimo este milagro que añado. Según le había prometido la Madre del Señor, de día en día se entregaba con mayor perfección al Señor en holocausto voluntario, afligiendo el cuerpo con ayunos y sin dejar que el espíritu aflojara en la oración. Y para que no quedara ningún escrúpulo de sospecha en el corazón de las hermanas que parecían tenerle algo de envidia, Cristo honró a su esposa con un milagro de esta clase. Prolongando, pues, Lutgarda sus vigilias con mayor frecuencia, sucedió una noche que las monjas vieron sobre ella, durante gran parte de la noche, un fulgor de luz más brillante que el resplandor del sol. Y aquella luz, derramada interiormente no solo en ella, sino también en las que la vieron, acrecentó en ellas la gracia de la vida espiritual.

Se conmovía admirablemente con espíritu de piedad hacia los enfermos y los débiles, hasta el punto de que, con los afligidos, ella misma se atormentaba aún más en su espíritu. Le dio, pues, Dios la gracia de las curaciones de modo tan universal que, si había una mancha en un ojo, o algún otro mal en una mano, en un pie o en otros miembros, al contacto de su saliva o de su mano quedaban curados al instante. Y como por esta gracia se viera abrumada por una multitud de gente que con frecuencia le estorbaba la oración, dijo al Señor: «¿De qué me sirve, Señor, esta gracia, por la que a menudo me veo impedida de dedicarme a ti? Quítamela, pero de tal modo

que esta gracia se me cambie en otra mejor». Y el Señor le dijo: «¿Qué quieres que se te dé en lugar de esta gracia?» Y ella dijo: «Quiero entender el Salterio con que rezo, para orar con mayor devoción». Y así se hizo. Pues, como se comprobó en aquel tiempo, entendió el Salterio con tanta mayor claridad cuanto más radiante era la luz con que había sido iluminada. Después de esto, como hallara que no aprovechaba en esta gracia tanto como había pensado (pues la reverencia ante el misterio velado es madre de la devoción, y lo que está oculto se busca con más avidez y lo escondido se contempla con mayor veneración), dijo al Señor: «¿Qué me importa a mí, monja ignorante, rústica e iletrada, conocer los secretos de la Escritura?» Le dijo el Señor: «¿Qué quieres?» «Quiero —dijo— [tu corazón». Y el Señor: «No; más bien soy yo quien quiere tu corazón». Y ella: «Así sea, Señor, pero de tal modo] que mezcles el amor de tu corazón con mi corazón, y que yo posea mi corazón en ti, seguro ya en todo tiempo bajo tu protección». [Desde entonces hubo un intercambio de corazones, o más bien una unión del espíritu increado y del creado por la excelencia de la gracia; y esto es lo que dice el Apóstol: La que se une a Dios se hace un solo espíritu (1 Cor 6,17).] Atiende, lector, que voy a contar maravillas: desde aquel día, como la nodriza guarda con el abanico al niño pequeño en la cuna para que no lo inquiete la insolencia de las moscas, así Cristo se quedó de guardia a la puerta de su corazón, de modo que ni la tentación de la carne, ni siquiera un pensamiento torpe, turbó su mente un solo

instante. ¿Qué tiene de extraño? ¿Qué tiene de nuevo? Es el mismo que había dicho antiguamente: Quien os toca, toca la niña de mis ojos (Zac 2,12). Solemos cuidar los ojos más que los demás miembros. ¿Qué hay de nuevo, entonces, en que Cristo protegiera el alma de la piadosa Lutgarda, a la que había comparado con la niña de sus ojos? He dicho menos de lo que debía. Cualquier alma fiel es más digna que el ojo del cuerpo de Cristo, cuyo ojo se oscureció al morir, y que ofreció todo su cuerpo por el alma como sacrificio expiatorio de la redención.

Por el mismo tiempo, siendo aún muy tierna de cuerpo y de edad, una noche, hacia la hora de Maitines, le sobrevino un sudor tan copioso como natural. Y como resolviera en su corazón descansar y no ir a Maitines, para estar después más fuerte en el servicio de Dios (pues juzgaba que aquel sudor era provechoso para su cuerpo), de repente una voz le gritó así: «Levántate pronto: ¿qué haces ahí tendida? Ahora debes hacer penitencia por los pecadores que yacen en su inmundicia, no complacerte en el sudor». Y ella, aterrada por semejante voz, se levantó enseguida y, comenzados ya los Maitines, se apresuró hacia la iglesia. No hubo tardanza. En la misma puerta de la iglesia le salió al encuentro Cristo clavado en la cruz y ensangrentado; y, desprendiendo de la cruz el brazo clavado, la abrazó cuando llegaba y aplicó la boca de ella a la llaga de su costado derecho. Allí bebió tanta dulzura que desde entonces fue siempre más robusta y más diligente en el servicio de Dios. Referían quienes, al revelarlo

ella, lo comprobaron en aquel tiempo y mucho después, que la saliva de su boca tenía un sabor más suave que toda la dulzura de la miel. ¿Qué tiene de extraño? Panal que destila son tus labios, esposa (Cant 4,11); y la miel de la divinidad y la leche de la humanidad de Cristo las rumiaba su corazón por dentro, aun callando la lengua.

II. DIVERSOS ÉXTASIS Y VISIONES DIVINAS. SU PASO DE LA ORDEN BENEDICTINA A LA CISTERCIENSE

Cuando la agobiaba alguna molestia del corazón o del cuerpo, se ponía de pie ante la imagen del Crucificado; y después de mirarla largo rato con los ojos fijos, cerrados los ojos y desfallecidos los miembros hacia el suelo, como Daniel, varón de deseos (Dn 10,11), no podía tenerse en pie; sino que, desfalleciendo por completo, era arrebatada en espíritu y veía a Cristo con la llaga del costado ensangrentada; y de allí, aplicándole la boca del corazón, sorbía tanta dulzura que nada podía atribularla en absoluto. Por eso sucedió alguna vez que, padeciendo una fiebre agudísima, en cuanto hizo crisis en el día debido se levantó del lecho y sin dificultad alguna entró con la comunidad en el coro para cantar.

Luego, en memoria de aquella águila de vista agudísima, es decir, de Juan Evangelista, que bebió los raudales del Evangelio en la misma fuente sagrada del pecho del Señor, se le apareció en espíritu un águila que resplandecía con tal brillo de plumas, que todo el orbe habría podido iluminarse con los rayos de su claridad. Ante aquella

visión quedó pasmada de admiración más allá de cuanto puede decirse, y esperaba que el Señor templara la gloria de tan gran visión según la capacidad de su débil vista. Y así se hizo. Contemplando, pues, la visión de modo más templado, vio que el águila ponía el pico sobre su boca y le llenaba el alma con el fulgor de una luz tan inefable que, en cuanto es posible a los que viven —pues a Moisés se le dijo: No me verá hombre alguno y seguirá viviendo (Éx 33,20)—, ningún secreto de la divinidad le quedaba oculto. Pues tanto más abundantemente bebió en aquella casa del torrente de delicias (Sal 36,9), cuanto más dilatado por el deseo halló la magnífica águila el vaso de su corazón. En esto le daré, según mi conciencia, un testimonio que espero no sea erróneo: que, aunque en las palabras ordinarias parecía, y lo era, en cierto modo ruda y sencillísima, nunca he hallado en boca de nadie, en la intimidad de la conversación espiritual, palabras tan sinceras, tan ardientes, tan certeras según el espíritu de la verdad; tanto que muchísimas veces me tenía a mí mismo por del todo rudo y torpe para entender sus palabras. Recordando aún el lugar y el tiempo, confieso que alguna vez quedé tan pasmado ante la sutileza de sus palabras que, si aquella dulce e inefable admiración me hubiera durado mucho, sin duda me habría hecho perder el juicio o me habría quitado del todo la vida. Pero esto no fue en el tiempo del que ahora escribo, sino unos dieciséis años antes de su muerte.

Hay en Hesbaye una villa llamada Looz; junto a la iglesia de esta villa servía al Señor cierta

reclusa, muy íntima de la piadosa Lutgarda por el mérito de su vida. Estaba Lutgarda con ella durante quince días; y sucedió que, tras la contemplación de la oración, se llenó de tanta dulzura de espíritu que, llamando a la reclusa, le mostraba los dedos de su mano y, oprimiéndolos, le decía: «Mira, hermana, cómo me trata el Omnipotente: porque por la gracia sobreabundante me lleno por dentro, también mis dedos, por fuera, en señal de la gracia, destilan ahora como aceite». Y diciendo esto, como ebria, y verdaderamente ebria, iba de un lado a otro por la celda de la reclusa con gestos y danzas admirables. ¿Qué tiene de extraño? Introducida por el esposo en la bodega del vino (Cant 2,4), había sido invitada; y después de comer como amada, es decir, de comer con trabajo el pan de la penitencia, y de beber como más amada la abundancia de las gracias, al fin, como amadísima, se embriagó; y por eso, excediendo toda medida, se alegraba inefablemente con el espíritu de los que están fuera de sí.

Desde entonces comenzó a anhelar unirse más perfectamente, por el ministerio de la consagración de manos del obispo, a un solo esposo, Cristo el Señor; y se presentó la ocasión cuando el señor Huard, obispo de Lieja, dispuso consagrar a muchas monjas reunidas. Fue llevada, pues, también Lutgarda con el grupo de vírgenes para ser consagrada; y cuando el dicho prelado ceñía sus cabezas con una guirnalda hecha de cintas, en señal de la corona de oro de las vírgenes, y llegó por su orden a Lutgarda, cierto varón santo y sencillo que estaba presente vio clarísimamente

que el obispo ponía sobre la cabeza de Lutgarda una grandísima corona de oro y la honraba singularmente sobre las demás. Creyendo que todos lo veían, preguntó a un presbítero que estaba allí por qué el obispo ponía una corona de oro solo a doña Lutgarda. El presbítero, que nada sabía del asunto, se burló de él diciendo: «¿Tienes acaso los ojos del revés, para llamar corona de oro a la que todos ven que es de lino?» Calló, pues, el bienaventurado varón y sonrió, y advirtió en Lutgarda un mérito singular. Y también aquí tuvo la verdad dos testigos, porque una de las monjas consagradas vio lo mismo. A las maravillas suceden maravillas mayores.

Desde entonces, adhiriéndose más perfectamente a su Esposo, seguía al Cordero adondequiera que iba (Ap 14,4). Si predicamos el camino humilde de Cristo, verás a Lutgarda siguiéndolo, tan humilde que nunca la hostigó la soberbia. Si miro el camino de la pobreza, entiende que Lutgarda era tan pobre que ni siquiera pensaba en el sustento del pan de cada día, aunque trabajaba cada día con sus manos. Si considero el camino de Cristo en la misericordia y la piedad, nada he visto en esta vida más misericordioso que Lutgarda. Si anuncio el camino de Cristo en la tribulación, piensa en la fatiga de Lutgarda en ayunos y aflicciones, que se probará que soportó durante toda su vida más que todos los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Si veneramos el camino de Cristo hacia la gloria, ensalcemos sin comparación a Lutgarda, cuya vida está puesta en los cielos, como puede verse al presente. En todos

estos caminos siguieron perfectísimamente al Cordero Pedro y también María Magdalena; pero no adondequiera que iba. Pero Lutgarda, con las cohortes de las vírgenes por compañeras, siguió al Cordero por aquel camino de la incorrupción por el que él fue delante.

Y puesto que hemos dicho que Lutgarda siguió al Cordero en todo, mira lo que el Cordero le dio en pago. Pues es justo que el esposo corresponda a su esposa. Pero mira de qué manera le correspondió. En el monasterio de Santa Catalina, todos los viernes, en las vísperas del sábado siguiente, día dedicado con razón a la veneración de la beatísima Virgen María, cuando se cantaba el verso del responsorio (verso que, por la gracia de su devoción, solía cantar Lutgarda sola), le parecía, mientras cantaba, que Cristo en figura de cordero se colocaba sobre su pecho de tal modo que ponía un pie sobre su hombro derecho y el otro sobre el izquierdo, y su boca sobre la boca de ella; y así, sorbiendo de su pecho, extraía la suavidad de una admirable melodía. Y nadie podía dudar de que en aquel canto había un milagro divino, pues solo en aquel verso se oía su voz infinitamente más agradable que de ordinario. Por eso también los corazones de quienes la oían se movían entretanto admirablemente a devoción.

Además, como no convenía que tan gran lámpara estuviera oculta bajo el celemín, fue puesta sobre el candelero (Mt 5,15), para que el fulgor de su gracia apareciera a todos. Fue, pues, elegida por consentimiento unánime de todas, y concedida como superiora, es decir, priora de las siervas

de Dios en el monasterio de Santa Catalina; porque en aquel monasterio no solían tener abadesa. Pero como lo consideraba una gravísima injuria que se le hacía, desde entonces se dispuso a cambiar de lugar y de forma de vida.

Entretanto sucedió que el abad de San Trond, que era el padre espiritual de aquel monasterio de Santa Catalina, al volver del Concilio general de Letrán, fue recibido por las monjas en procesión. Hecha la oración en la iglesia, convocó a toda la comunidad a capítulo y, como es costumbre poco cauta entre gente sencilla, dio un beso a cada una. Y cuando le llegó el turno a la priora Lutgarda de dar un beso al abad, ella se negó con firmeza. Pero, entre las bromas de todos, sujetada por las manos y sufriendo violencia, lo soportó. Mas Jesús, de suma benignidad, interpuso de tal modo la mano de su misericordia que ella no sintió en el beso de aquel hombre ni el contagio de un primer movimiento. ¡Ay! Avergüéncese la devoción de nuestro tiempo, más infame que ciega, en la que hombres que tienen apariencia de piedad (2 Tim 3,5) creen que pueden besar a mujeres y vírgenes impunemente y sin ofensa de la gracia divina ni de la ley. Buscan defensa para su error en las palabras del beatísimo apóstol Pablo, cuando, escribiendo a los corintios, dice: Saludaos unos a otros con el beso santo (2 Cor 13,12). Lo cual no debe entenderse de modo que los hombres besen a las mujeres, sino, según Agustín, que los hombres besen a los hombres y las mujeres a las mujeres [con el beso de la santa paz]; de otro modo, aquel circunspectísimo predicador de

la castidad habría dado una ocasión manifiestísima a la impudicia; por eso dijo en otro lugar: Absteneos de toda apariencia de mal (1 Tes 5,22). ¿Acaso no es apariencia de mal aquella en que al contacto de los cuerpos sigue la corrupción de las almas? ¡Y ojalá fuera solo de las almas! ¿No lo es también de los cuerpos? Estoy seguro de que, si se convierte en costumbre, lo será también de los cuerpos. Pues si Agustín, el mayor de todos los doctores, en la Regla de los canónigos prohíbe la mirada fija, y manda que por ella sea uno expulsado de la sociedad monástica, porque por algo así cualquiera, aun estando lejos de la mujer, se corrompe en su mente, ¿qué pena habría decretado contra los que conciben el incentivo de la torpeza por los solos besos de las mujeres, donde ciertamente hay contacto de los cuerpos? En el libro De la naturaleza de las cosas dice Plinio que el pez claucio muerde por detrás los anzuelos cebados; con lo cual se significan aquellos que evitan como un anzuelo la obra misma de la fornicación, pero atrapan como cebo la blandura del deleite; y mientras, como amantes de la castidad, desprecian la torpeza del adulterio, por medio de besos y tocamientos ilícitos se deslizan hacia lo que es más grave. Por eso dijo Pablo de los tales: Los entregó Dios a un sentido réprobo, para que hagan lo que no conviene (Rom 1,28). Sostengo, pues, con razón verídica, que los tales son más torpes que los fornicarios, y por ello blasfemos contra el Espíritu Santo, pues, contra la castidad, enemigos de la castidad, se fingen amantes de la castidad. Tú, pues, virgen, esposa de Cristo,

o cualquiera que ames la castidad, huye de los tales con Lutgarda: aborrece la infamia. Si alguno quiere solicitarte como para un beso santo; si alguno intenta acercar la mano a tu seno, a tus pechos o a otras partes, devuélvele un escupitajo por beso y sal con el puño al encuentro del que te manosea; y no tengas en esto deferencia con el clérigo ni con la dignidad de nadie, porque es lícito defender la castidad del alma aun a golpes, como la vida del cuerpo. A un hombre así, digo, no lo tengas por siervo de Cristo, sino de Satanás; no por espiritual, sino por animal; no por seguidor de la pudicia, sino en verdad por el más vil de los lujuriosos.

Fue la ilustre Lutgarda monja en el monasterio de Santa Catalina unos doce años; y vivía en aquel tiempo el maestro Juan de Lier, de la diócesis de Lieja, varón eminente en toda santidad, el cual, conociendo el propósito perfectísimo de aquella bienaventurada mujer, le aconsejó que, dejando el lugar y la prelacía, pasara al monasterio de Aywières, de la Orden del Císter. Y como ella alegara la diferencia de lengua, porque las monjas de allí eran de habla francesa, y hubiera preferido entrar en un monasterio de la misma Orden en Herkenrode, donde se hablaba la lengua teutónica, le dijo el Señor: «Quiero que vayas finalmente a la casa de Aywières; y si no lo haces, yo te abandonaré». Y también cierta beatísima virgen llamada Cristina, de la que hace mención el venerable Jacobo en la Vida de la bienaventurada María de Oignies, y cuya Vida hemos escrito también nosotros, impulsada divinamente por el espíritu, vino

a ella y prorrumpió en estas palabras: «¿Por qué tardas —dijo— en cumplir lo que se te manda por inspiración divina?» Y como la piadosa Lutgarda le opusiera la diferencia de lengua que hemos dicho, razón bastante a juicio humano, Cristina, inspirada, respondió al punto: «Preferiría estar en el infierno con Dios que en el cielo con los ángeles sin Dios». En verdad respondió bien y dignamente. Pues dondequiera que está Cristo, allí está también el paraíso; y esto porque no pudo mentir la Verdad, que dijo al ladrón en la cruz: Hoy estarás conmigo en el Paraíso (Lc 23,43). Consta, en efecto, que aquel día el alma de Cristo no subió en modo alguno al Paraíso empíreo ni al terrestre, sino que descendió con la divinidad a los infiernos, y con él el alma del ladrón, que había predicho que estaría con él; y con esto probó, con argumento necesario, por el lugar dialéctico de la causa, que dondequiera que él estuviese, allí estaba el Paraíso. Porque la presencia de Cristo hace de un lugar, por odioso que sea, algo sumamente deleitable y más admirablemente deseable. Pues, aun admitido que el infierno no puede equipararse sin más al Paraíso, la respuesta merecía aprobación; porque es más de elegir estar en cualquier lugar con el sumo e increado Bien que en un lugar por bueno que sea, sea el Paraíso terrestre o el empíreo, con cualquier bien creado. Con razón, pues, confirmada por las palabras de Cristina, la piadosa Lutgarda se ofrece dispuesta a todo; porque no era difícil persuadir a Lutgarda de nada en lo que se viera la santidad de una vida más perfecta. Obedeciendo, pues, los consejos

del dicho maestro, pasó con toda tranquilidad de ánimo al monasterio de la Orden del Císter llamado Aywières, en tierra del duque de Brabante. Al saberlo, las monjas de Santa Catalina se dolieron inconsolablemente; y Lutgarda, al enterarse de su dolor, se compadeció de las afligidas. Y como suplicara al Señor por la paz de ellas, se le apareció la gloriosa Virgen María, dulcísima consoladora, y se congratuló con ella de que hubiera entrado en una casa y una Orden especialmente dedicadas a ella; y en cuanto a la casa por la que ella rogaba, la haría prosperar con sus oraciones espiritual y temporalmente. Esto lo vemos sin duda alguna hasta el día de hoy en aquella casa de Santa Catalina: mientras casi en todas partes se entibia la disciplina de aquella Orden, este monasterio florece en virtud ahora más que nunca, y se ha acrecentado más copiosamente en bienes temporales. Y te aconsejo a ti, [oh comunidad de monjas de Santa Catalina,] que sigas invocando por ti a esta madre, para que lo que en otro tiempo hizo aquí en la tierra, lo haga igualmente en el cielo. Termine aquí este libro primero, sobre lo que la piadosa Lutgarda hizo en la Orden de San Benito, para que pasemos al libro segundo con orden más expedito.

LIBRO SEGUNDO.

Su vida en la Orden del Císter

I. Almas del purgatorio socorridas con un ayuno de dos veces siete años. Mujeres atormentadas por los demonios, liberadas

Como, pues, la virtud de la piadosa Lutgarda se divulgaba por todas partes, comenzaron a construirse nuevos monasterios en las regiones de habla francesa, y muchos de ellos anhelaban elegirla, con tal que hubiera aprendido un poco de francés. Cuando la piadosa Lutgarda lo supo, se horrorizó mucho; y, volviéndose a la gloriosa Virgen María, le suplicó con lágrimas que lo apartara; y la bienaventurada Madre se le apareció y le dijo: «No temas en modo alguno por esta palabra, porque yo interpondré el escudo de mi protección». Y mira, lector, de qué manera se apartó esto, y verás cuán pura fue la verdad de la que respondía. Apenas había cumplido veinticuatro años cuando entró en Aywières; y, sin embargo, siendo quien era, en los cuarenta años que después vivió entre compañeras de habla francesa apenas pudo aprender de la lengua francesa lo suficiente para pedir pan correctamente en francés cuando tenía hambre. Cuando esto se hizo patente a todos, se permitió a la amada cervatilla de Cristo reposar en el sueño de la contemplación; y nadie la despertó ni la hizo desvelarse para el cuidado pastoral hasta que ella quiso (Cant 2,7); y nunca sucedió que lo quisiera.

Cuando amenazaba la gravísima peste de los herejes albigenses, se le apareció la beatísima Virgen María con semblante lúgubre y el rostro ennegrecido. Lutgarda, compadecida de ella en la visión, le preguntó con gran clamor del corazón y de la voz: «¿Qué tienes, oh piadosísima Señora, que tu rostro, lleno de todas las gracias, está tan pálido y desfigurado?» Y la bienaventurada Vir-

gen dijo: «Mira, mi Hijo es crucificado de nuevo por los herejes y los malos cristianos, de nuevo es escupido. Tú, pues, toma sobre ti el llanto y ayuna siete años seguidos, para que se aplaque la ira de mi Hijo, que amenaza a toda la tierra». Desde entonces, pues, durante siete años seguidos, Lutgarda ayunó solo a pan y cerveza. Y mira la grandeza del milagro. Muchas veces, obligada por la obediencia, intentó llevarse a la boca algo de potaje; pero nada de ello, ni del tamaño de un haba, pudo pasar por su garganta. Y aunque ella misma se fatigaba continuamente con una abstinencia admirable e increíble, se alegraba cuando la comunidad estaba mejor servida en la comida; tanto que decía que se encontraba mejor durante un mes si alguna vez la comunidad había tenido una pitanza abundante. Pues sabía que lo que la piedad divina le había concedido por un don singular para remedio de muchos no podía ser común a todos en la manifestación de la gracia; y esto va contra aquellos que hacen del trabajo un precepto (Sal 94,20) y establecen que todos deben observar en común lo que ellos mismos, ayudados por la gracia o favorecidos por la naturaleza, pudieron observar sin molestia. [Ella, por su parte, cuanto más prolongaba los ayunos, tanto más robusta estaba de cuerpo y de corazón.]

Cuando el maestro Jacobo de Vitry, como él mismo refiere en el libro de la Vida de la bienaventurada María de Oignies, hubo recibido la gracia de la predicación por las oraciones de aquella venerable mujer, sucedió que amó a cierta mujer religiosa que yacía enferma en cama, no

con amor torpe, sino demasiado humano. Atento, pues, de continuo a consolarla, descuidaba con negligencia el oficio de la predicación. La piadosa Lutgarda, pues, percibiendo en espíritu la atadura de su corazón y los engaños del diablo, se puso a suplicar al Señor por él con muchas lágrimas. Y como no adelantaba nada orando y reprochaba por ello al Señor como cruel, respondió el Señor: «El hombre por quien pides —dijo— se esfuerza en contra de tus oraciones». Dicho esto, el Señor difirió cumplir lo que se le pedía. Al ver esto la piadosa Lutgarda, perdiendo la paciencia, clamó al Señor a grandes voces: «¿Qué es lo que haces, benignísimo y justísimo Señor? O sepárame de ti, o libra al hombre por quien te pido, aunque él no quiera». ¡Cosa admirable! No medió tardanza alguna entre la petición y el hecho, sino que, liberado del todo y al instante, bendijo a su Libertador y a la sierva de este; y después de su liberación percibió con los ojos abiertos el peligro que antes, cegado por el amor humano, no podía ver. No mucho tiempo después, el mismo venerable Jacobo fue elegido para el obispado de Acre, en las tierras de ultramar.

Por el mismo tiempo, cierto Simón, varón noble nacido en Alemania y muy bien instruido en letras, entró en la Orden del Císter y llegó después a ser abad de Foigny; y aunque era ferviente en el deseo, arremetía con celo amargo contra sus súbditos, y le sorprendió una muerte prematura. Como él había tenido a la piadosa Lutgarda por amadísima por la santidad de su vida, la dejó con su muerte gravemente turbada; y ella, haciendo

enseguida por él penitencias y ayunos, rogó al Señor que librara el alma del difunto. Y como insistiera mucho en sus oraciones, le respondió el Señor: «Consuélate, porque por amor de ti haré bien a aquel por quien ruegas». Pero ella, insistiendo con más importunidad, recibió una segunda respuesta: que aquel hombre había de ser librado en breve. Y ella dijo: [«Todo el consuelo que quieras darme, dáselo a aquella alma en el purgatorio». Y añadió:] «De ningún modo, oh Señor, dejaré de llorar, ni me consolaré jamás con tus promesas, hasta que vea libre a aquel por quien te pido». Y no permitió el Señor que siguiera atribulada, sino que se le apareció y trajo al punto consigo, allí presente, el alma librada del purgatorio, diciendo: «Consuélate, amada: he aquí el alma por la que pides». Al instante la piadosa Lutgarda, postrada rostro en tierra, bendijo al Señor por la liberación de aquella alma. Y el alma, exultante y alabando, dio gracias a la piadosa Lutgarda; y pasando a cosas mejores, penetró con gran gloria en las alturas de los cielos. Este mismo Simón se apareció después con frecuencia a la piadosa Lutgarda, y entre otras cosas le dijo que habría pasado cuarenta años en el purgatorio si la oración de ella no lo hubiera ayudado ante el Señor misericordioso.

Marcada humildemente también con el espíritu del temor del Señor, la piadosa Lutgarda temía al Señor como a olas encrespadas sobre ella (Job 31,23), y recelaba de todas sus obras (Job 9,28), como hechas en la duda. Durante mucho tiempo, pues, gimiendo cada día, rogaba al Señor

que la hiciera estar segura aun en la vida presente. Y habiendo permanecido largo tiempo en este deseo, un día oyó una voz que le decía clarísimamente: «Vive ya segura, carísima, porque tu vida agrada al Señor». Se alegró, pues, por el momento la piadosa Lutgarda, pero comenzó no obstante a temer como antes. De nuevo una voz venida de Dios le dijo: «¿Quieres tener a doña María de Roavia por testigo de tu seguridad?» Y ella dijo: «No; es demasiado timorata, y con ansiedad tardaría mucho en revelarme lo que supiera». Le dijo la voz divina: «Entretanto, sosiégate, carísima: pronto quedarás manifiesta y perfectamente segura». Apenas habían pasado cuatro días cuando he aquí que un varón de aspecto venerable, desconocido de todos, entró en el locutorio donde estaban sentadas las monjas. Saludándolas brevemente a todas, pidió que llamaran enseguida a la piadosa Lutgarda. Cuando ella llegó, la saludó y dijo en presencia de todas: «Esto te manda decir el Omnipotente: vive en adelante segura, porque el Señor se ha complacido en ti». Dicho esto, el joven desapareció al instante; y no quedó modo de averiguar de dónde había venido ni quién era. [No mucho después, un hombre de vida santísima, recibiendo una revelación divina, vino a Aywières y la confortó con los consuelos ya dichos.]

Desde entonces, deseando con ánimo más ferviente pasar por el tránsito de la muerte a lo eterno, su ojo destilaba lágrimas cada día ante el Señor (Job 16,20); y he aquí que el Señor, apresurándose a calmar sus clamores, se le apareció y, descubriendo las llagas de las manos, de los pies y

del costado, le dijo: «Mira y contempla, carísima, cómo mis llagas claman a ti: que no haya derramado en vano mi sangre, que no haya sufrido en vano la muerte». Al ver y oír esto la piadosa Lutgarda, sobrecogida en extremo, preguntó con temor y espanto cuál era el clamor de las llagas de Cristo; y se le respondió: «Con tu trabajo y tus lágrimas aplacarás la ira encendida del Padre, para que no pierda a los pecadores para la muerte, sino que por la misericordia de Dios se conviertan y vivan».

Por este tiempo, el señor papa Inocencio III, después de celebrado el Concilio de Letrán, partió de esta vida; y no medió tardanza alguna tras su muerte antes de que el mismo papa se apareciera visiblemente a la piadosa Lutgarda. Cuando ella lo vio aparecer, rodeado de una grandísima llama, le preguntó quién era así; y él le dijo: «Soy el papa Inocencio». Y ella, con un gemido, dijo: «¿Cómo es que tú, el padre de todos nosotros, eres atormentado con tan gran suplicio?» Él le respondió: «Tres son las causas por las que así soy atormentado, y por ellas merecía sobradamente ser entregado al suplicio eterno; pero por la intercesión de la piadosísima Virgen María, a quien edifiqué un monasterio, me arrepentí al final y escapé de la muerte eterna. Con todo, seré atormentado con atrocísimas penas hasta el día del juicio final. Y esto mismo, el haber podido venir a ti a pedir sufragios, me lo obtuvo de su Hijo la Madre de misericordia». Dicho esto, desapareció de repente. Lutgarda, por su parte, comunicó a las hermanas la muerte y la necesidad del difunto,

para que lo socorrieran. Y ella misma, compadecida en su ánimo de tan gran expiación, se afligió con un suplicio admirable por aquel que se le había aparecido. Advierte, lector, que por revelación de la piadosa Lutgarda supimos esas tres causas; pero las callamos por reverencia a tan gran pontífice.

Por el mismo tiempo tuvo Lutgarda una visión semejante en su género, pero muy distinta en cuanto a la expiación. El ya mencionado venerable Juan de Lier había hecho en vida un pacto con Lutgarda: que el primero de los dos que dejara el mundo se apareciera después de la muerte al que sobreviviera. Este mismo Juan, yendo a la Curia romana por los asuntos de las mujeres religiosas que en Brabante eran hostigadas por sus émulos, murió al llegar cerca de los montes de los Alpes. Al instante, en el momento mismo de su muerte, se apareció visiblemente a Lutgarda, que estaba de pie en la galería del claustro. Creyéndolo vivo, le hizo señas con la mano para que entrara en el locutorio, donde podía hablar conforme a la Orden. Él le dijo: «Estoy muerto y he pasado de este siglo; y para cumplir la verdad de Dios, que habíamos convenido entre nosotros por pacto, me he aparecido a ti después de muerto». Y al punto ella, postrada en tierra, preguntó: «¿Y qué significa la triple vestidura con que, alcanzada tanta gloria, estás vestido?» Y él dijo: «La vestidura blanca como la nieve significa la inocencia de mi carne virginal, que conservé sin mancha desde el seno materno; la roja muestra con propiedad los trabajos y padecimientos que me llevaron a la muerte,

y que sufrí largo tiempo por la justicia y la verdad; y la azul, con que estoy vestido por encima, significa la perfección de la vida espiritual». Dicho esto, se desvaneció de sus ojos asombrados. Y ella comunicó la visión y la muerte del dicho maestro a la hermana carnal de este y a otras monjas. Sin embargo, como la piadosa Lutgarda llorara a aquel venerable varón, que, aunque entregado a Dios, le había sido arrebatado a ella, en medio de su llanto el Señor le respondió con estas palabras: «¿Por qué lloras, Lutgarda? ¿Y por qué se aflige tu corazón? ¿No soy yo para ti mejor que diez hijos?» (1 Sam 1,8). Y como, siendo monja iletrada, no entendía estas palabras, cuando las oyó interpretadas no lloró más al difunto, sino que bendijo al Señor en todo por su muerte.

Además, cumplidos los siete años antedichos en que ayunó a pan y cerveza, se le reveló de nuevo que ayunara por los pecadores en general. Ella lo aceptó con gusto, y durante otros siete años ayunó solo a pan y verduras. Y el Señor añadió una visión: arrebatada en espíritu, vio a Jesús, Príncipe de nuestra salvación, con las llagas como recientes y encarnadas, de pie ante el rostro del Padre y suplicando al Padre por los pecadores. Y volviéndose a Lutgarda le dijo: «¿Ves cómo me ofrezco todo entero al Padre por mis pecadores? Así también quiero que tú te ofrezcas toda entera a mí por mis pecadores, y apartes el celo encendido contra ellos para venganza». Esto mismo le decía casi a diario el Señor Jesús en el sacrificio de la misa. Y que las oraciones, los ayunos y los trabajos de la bienaventurada Lutgarda tenían

gran poder, lo atestiguó en su muerte aquella beatísima María de Oignies, cuando, cubriéndose y ciñéndose la cabeza con el velo de Lutgarda, tocada del espíritu de profecía, predijo: «No tiene el mundo bajo el cielo intercesora más fiel que doña Lutgarda, ni más eficaz en sus oraciones por librar a las almas del purgatorio y por los pecadores. Ahora, en vida, hace milagros espirituales; los corporales los obrará después de la muerte». Cuán verdadero sea esto, muchos lo han experimentado en su vida y después de su muerte; pues, como atestiguará más adelante este escrito, no cesa de obrar.

Como cierta monja muy religiosa era engañada por el diablo con revelaciones que tenía por hechas por Dios, y la piadosa Lutgarda rogara por ella al Señor, respondió el Señor: Ilumina a los que están sentados en tinieblas y en sombra de muerte (Lc 1,79). Y como, siendo iletrada, no entendía estas palabras del Señor, preguntó por ellas a cierta monja, y las recibió ya entendidas. Y como ella suplicara al Señor con más insistencia, se le apareció un demonio que le dijo: «Yo soy el espíritu mentiroso que engaña a aquella monja». Ella le dijo: «Ve al hermano Simón, que vive en el monasterio de Aulne, y dile lo mismo, para que yo tenga un testigo de la verdad». Al punto obedeció el diablo, y el hermano Simón vino a Aywières. Era este Simón varón de Dios lleno de espíritu, a quien el Señor (como atestigua el libro de su vida) reveló muchísimas cosas. Coincidiendo, pues, la piadosa Lutgarda y el hermano Simón conforme a la revelación del Señor, mandaron llamar al

punto a la monja. Al instante las manos y los miembros de la monja se contrajeron con rigidez violentísima, y su boca se cerró tan fuertemente que no podía abrirse en absoluto con un cuchillo. Las que lo vieron se turbaron con un temor horrible; y, puestas de rodillas en oración, suplicaban al Señor misericordioso por tan grave mal. ¿Qué sucedió, pues? De ningún modo era posible que el Señor se mostrara inexorable ante las oraciones de tantos. Y en cuanto se levantaron de la oración los que suplicaban a Dios, los miembros de la monja volvieron a su estado anterior; abrió la boca, tomó alimento y se reanimó; y desde aquel día en adelante quedó libre del espíritu de engaño. Y después, como yo mismo he visto, fue agraciada con tales privilegios de méritos en su vida que no solo podía decirse que había sido iluminada en las tinieblas, sino que además iluminaba con el ejemplo de sus costumbres a muchos otros que estaban en tinieblas.

Yo mismo vi a una monja de la Orden del Císter que, atormentada muchos años por un demonio, fue llevada ante ella y quedó libre por la grandísima insistencia de sus oraciones. Vi también a otra que, atormentada de modo extraño durante muchísimos años por un demonio íncubo, fue arrancada de él y purificada por sus oraciones. Según ella misma me atestiguaba muy a menudo, aquel demonio que la había atormentado era perversísimo, y había manchado su cuerpo con tal inmundicia que, si no la hubiera contenido la más vehemente violencia de oraciones, muchas veces se habría entregado a la prostitución públi-

ca. Y librada por las oraciones de doña Lutgarda, pasó la vida en tanta paz como si nunca la hubiera agitado el aguijón de la vejación diabólica. Admirable ciertamente, y muy admirable, es esta permisión del Salvador y Redentor: que Satanás reciba poder sobre un cuerpo puro, y además un cuerpo virginal; poder que no solo se ejerce para mancillar la carne, sino que difícilmente puede dejar de avanzar hasta la corrupción de la mente y el daño del alma. ¿Qué hay más puro que una esposa de Cristo? ¿Qué más puro que una virgen, que es santa en el cuerpo y en el espíritu (1 Cor 7,34)? Y, sin embargo, hemos sabido que estas cosas se hacen contra una así. No queda, pues, sino exclamar con el Apóstol: ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios e inescrutables sus caminos! (Rom 11,33). Creemos, sin embargo, que es por oculto y justo juicio de Dios como las mujeres son llevadas a esta mancha por un exceso ilícito de tentación; de qué otro modo, no lo vemos.

Cierta Yolanda, monja negra en un monasterio junto al Sambre, entregada a los atractivos del mundo, por exhortación de aquella piadosa mujer acudió presurosa al monasterio de Aywières; era mujer de noble linaje y de cuerpo delicadísimo. Por ella suplicó la piadosa Lutgarda al Señor con admirable insistencia de oraciones que le perdonara los pecados y le infundiera la gracia de la devoción. Y no pudo Cristo negarle lo que pidió, sino que llevó a aquella mujer al estado de una santa vida. Y habiendo servido allí al

Señor muchos años, conoció por revelación del Señor su muerte, y fue a su piadosa madre, doña Lutgarda, y le dijo: «Suplica por mí al Señor con la mayor insistencia, porque el fin de mi vida está ya cerca». Le dijo la piadosa Lutgarda: «Espera al Señor con constancia, porque estoy cierta de que obrará contigo misericordiosamente y pronto te arrancará de las penas que temes. Pero tú, después de la muerte, vuelve a mí; y al volver, dime primero: "Benedicite"; luego recitarás el padrenuestro con la Salutación angélica, no sea que el diablo, como suele, introduzca algún engaño». Murió, pues, la monja, como había predicho, con admirable fervor de espíritu; y no habían pasado treinta días cuando he aquí que, estando en oración la piadosa Lutgarda, se le apareció Yolanda difunta y, como se le había pedido en vida, dijo primero «Benedicite» y lo demás que he dicho. Y la piadosa Lutgarda, respondiendo «Dominus», añadió al punto: «¿Cómo te va?» Y la difunta dijo: «El Señor no me rechazó con horror por la enormidad de mis pecados, sino que por amor de ti he alcanzado gran misericordia». Y dicho esto, desapareció. Y Lutgarda, con muchas lágrimas, bendijo la misericordia divina para con los pecadores.

También su hermana carnal pasó del mundo al purgatorio; y antes de que se comunicara a la piadosa Lutgarda la muerte de su hermana, de repente una voz horrible y lastimera clamó en el aire: «Ten piedad, hermana carísima, ten piedad de mí, y concédeme clemente la misma misericordia que has prestado a otras almas». Postrada

en oración, entendió que el alma de su hermana pedía sufragios de oraciones; y al punto pidió a todas que la comunidad la ayudara con muchas disciplinas y oraciones.

Por el mismo tiempo sucedió algo que muchos tuvieron por admirable, y que añado. Pues, como la piadosa Lutgarda, siguiendo el consejo de Agustín, recibía el Cuerpo de Cristo todos los domingos, le prohibió recibir los sacramentos cada domingo doña Inés, a la sazón abadesa, que siguió un consejo poco discreto. [La piadosa Lutgarda le dijo: «Obedeceré, madre carísima; pero sé con toda certeza de antemano que Cristo vengará en tu carne esta injuria».] Y al instante, en castigo de lo hecho, la abadesa fue afligida por el Señor con una enfermedad tan intolerable que no podía entrar en la iglesia; y no cesó el dolor, que crecía por momentos, hasta que reconoció la culpa de su indiscreción y, arrepentida, levantó la prohibición a la piadosa Lutgarda. Y también las que en este asunto habían estado contra ella, o fueron arrebatadas de esta luz de modo notable, o se volvieron hacia ella con espíritu de humildad. ¡Digno celo del Esposo contra los que perversamente turbaban a su esposa!

Su espíritu se movía siempre con gran misericordia sobre los moribundos: los visitaba, amonestándolos e impulsándolos a la confesión de los pecados, y prometía a los penitentes una esperanza cierta y, cumplida la penitencia, la gloria. Y como cierta hermana estuviera en agonía y la atormentara un fin muy penoso, se le apareció a Lutgarda un demonio que, insultándola, le dijo:

«Mira, atormenté a aquella hermana; pero cuando llegó el pueblo, ya no pude nada contra ella». Llamaba «pueblo» a la comunidad, que, viniendo a encomendar el alma de la hermana, quebrantó con sus oraciones las fuerzas de aquel. Santo y piadoso es, pues, asistir a los moribundos y ayudarlos con oraciones contra los demonios, que siempre acechan el talón (Gén 3,15) de nuestro fin.

También acudían a ella con frecuencia los demonios y le anunciaban algo funesto o triste; pero ella les escupía y, por importunos que fueran, los ahuyentaba con la señal de la cruz. Tanto la temían los demonios que evitaban tocar incluso el lugar de su oración, como si fuera hierro candente. Y aunque ella no entendía los salmos ni nada de las Escrituras, al rumiar aquel salmo Dios mío, ven en mi auxilio (Sal 70,2) y algunos otros versos del Salterio, veía a los demonios huir con extraño horror y cesar de sugerir el mal. De ahí entendía que por la virtud de las palabras, aun de las que ella no entendía, se ahuyentaba la presencia de los demonios y se quebrantaba su poder en las tentaciones. [Refiere fray Bernardo que la oyó decir en secreto que no temía nada al diablo, y que este no podía prevalecer en modo alguno contra ella con ningún género de engaño; sino que, según la promesa del Señor, ella le aplastaba la cabeza (Gén 3,15), es decir, el comienzo de sus tentaciones, poderosísimamente con el pie de las virtudes.]

II. LA EFICACIA DE SU ORACIÓN; SU DESEO DEL MARTIRIO; EL AUXILIO PRESTADO A LOS TENTADOS Y A LOS PECADORES, Y AUN A LOS ENFERMOS

La piadosa Lutgarda, pues, anhelando admirablemente toda perfección, comenzó a empeñarse de modo extraño en rechazar de sí, al rezar las Horas, todo pensamiento, no solo los malos, sino también los buenos, y, lo que es imposible en el estado de la vida mortal, en ocupar el ánimo únicamente en lo que decía. Y como no lograba en modo alguno hacerlo, comenzó a turbarse con grandes escrúpulos de conciencia y a repetir cada Hora dos o tres veces, como si nada hubiera dicho. Lloraba, pues, por esta inevitable deficiencia de la vida, y ninguno de sus amigos pudo consolarla en ello. Se hacían oraciones a Dios por ella, para que el Señor la librara de aquel escrúpulo. Y no los defraudó el Omnipotente. Pues inesperadamente el Señor se apoderó de un pastor que iba tras sus ovejuelas, como el profeta Amós, y el piadoso Padre puso en su boca una palabra de consuelo. Dejando, pues, al punto sus ovejas, el rudo pastor vino a Aywières, a trece millas; y, llamada la piadosa Lutgarda, dijo en presencia también de otras: «Esto dice el Señor: no te atormentes más con ningún dolor ni escrúpulo por el rezo de las Horas; tus oraciones son agradables y se aceptan con gusto en mi presencia». Dicho esto, el pastor se alejó de repente, y no hubo ocasión de preguntar quién era ni de saber nada más; pero después se supo quién [era o] había sido. [Y el Señor mismo le dijo también: «No temas ya nada, porque

yo supliré en ti esta deficiencia».] Y la piadosa Lutgarda, sintiendo que en ambas ocasiones la palabra había salido de boca del Señor, descansó en la paz de la conciencia, y nunca más la fatigó por esto un escrúpulo desordenado.

Así pues, difícilmente podría creerse con cuánta presteza de espíritu servía al Señor cantando las Horas. Un día, pues, mientras cantaba Vísperas en el coro, cierta monja que estaba en el lado opuesto del coro vio con los ojos visibles de la vista corporal que una llama subía de su boca y penetraba en lo alto del aire. Ante aquella visión insólita, la muchacha, tímida y aterrada, quedó casi sin sentido. Terminadas las Vísperas, la piadosa Lutgarda consoló dulcemente a la monja, y, como aún temía, le dijo al fin: «No quiero, hija carísima, que te aterre esta visión, pues has de entender que en verdad ha sido obra de Dios». Advierte, pues, lector, que se lee que esto ha sucedido a muchos, y que la llama corporal vista en ellos figuraba el deseo de una oración ferviente. [Muchos menos espirituales se admiraron de cómo, en hechos tan magníficos, había podido pisotear la gloria humana. Y respondo: estaba tan llena por dentro (como ella misma me dijo) de una gloria espiritual y sólida, que ninguna vanagloria de fuera podía inquietarla; sino que el Espíritu Santo la había fijado inmóvil como una columna.]

Como dice Agustín, el mayor de todos los doctores, en el libro de La ciudad de Dios, que en todas las cosas debe presidirnos siempre la discreción y, como moderándolas, discernir cada

una de nuestras voluntades, sabemos que la piadosa Lutgarda sobresalió por una grandísima discreción, como se ve en este capítulo que añado. Un domingo, habiendo recibido el saludable Sacramento del Cuerpo de Cristo, y como los restos del pensamiento celebraban fiesta (Sal 76,11) en ella al Salvador, de modo que se le hacía pesado acudir a la mesa del alimento corporal, dijo: «Señor Jesús, no es ahora para mí tiempo oportuno de ocuparme en tus delicias; ve, más bien, a Isabel, que no puede estar una hora sin comer, y ocupa su corazón; y a mí permíteme comer y reponerme». Pues había allí cierta monja que padecía una enfermedad tal que necesitaba alimentarse varias veces de día y varias de noche. A la palabra de la piadosa Lutgarda, pues, obedeciendo Cristo al punto, pasó de repente a aquella monja y llenó su corazón de tanta suavidad que, contra su costumbre, se abstuvo sin molestia alguna del alimento corporal durante un largo espacio de tiempo. En esto, pues, puede advertirse la gran discreción de la piadosa Lutgarda: no quiso debilitar su cuerpo ni siquiera con una ocupación espiritual, juzgando más útil conservarlo para otros muchos trabajos provechosos a las almas que fatigarlo inútilmente fuera de tiempo —porque todo tiene su tiempo (Ecl 3,1)— para su propia ruina. Y esto va contra aquellos que, habiendo gustado una o dos veces la suavidad del espíritu, enemigos de sí mismos, desechan cruelmente el cuerpo; y mientras por ello tienden a Dios con espíritu más fuerte, destruyen el cuerpo dado en ayuda del espíritu; y así dejan que el

espíritu, hecho impotente por la destrucción del cuerpo, se vea agobiado por extrañas miserias. Pues el cuerpo corruptible agobia al alma (Sab 9,15). Contra ellos habla Pablo, doctor expertísimo: Nadie, dice, aborreció jamás su propia carne, sino que la alimenta y la cuida (Ef 5,29); la alimenta, ciertamente, no para el deleite, sino para el sustento. Abraham, subiendo al monte de la visión, volvió al asno después de ofrecer el sacrificio; y Salomón manda cargar al asno y después darle paja. Piense el lector qué debe hacer en esto; nosotros, por brevedad, pasemos a lo demás.

Con esta misma Isabel ocurrió un milagro muy inesperado, que añado. Pues, como dijimos, tenía que comer casi a todas horas, no solo de día, sino a veces también de noche; y, sin embargo, estaba tan débil que de ningún modo podía tenerse en pie, sino que yacía continuamente en el lecho. Habiendo, pues, reconocido con más claridad que la luz la virtud de la oración en la piadosa Lutgarda, le rogó con gran instancia del corazón que suplicara por ella al Señor, para que le concediera antes de morir poder levantarse y acudir a la comunidad, y así servir más plenamente al Señor Jesucristo antes del fin de su vida. Accedió, pues, ella a suplicar al Señor por ella. El Señor le respondió con estas mismas palabras: Levántate, levántate, ponte en pie, hija de Jerusalén, que bebiste de la mano del Señor el cáliz de su ira (Is 51,17). Cuando hubo comunicado esta respuesta del Señor y la causa de ella a las monjas letradas, entendieron que Isabel había de ser levantada del lecho de la enfermedad y se alzaría a un estado de

salud en el que habían de soltarse las ataduras de su cuello (Is 52,2) y quebrarse la cautividad por la que los enfermos de la enfermería deben estar sujetos, quieran o no, a quienes los sirven, no solo a los apacibles, sino también a los díscolos (1 Pe 2,18). Y se hizo como el Señor le había dicho: levantada Isabel del lecho de la enfermedad, en el que había yacido muchos años, se alzó incansable a la carga de la Orden, y sirvió después largo tiempo a Cristo el Señor con salud perfectísima.

Consideraba a aquel que soportó de los pecadores tal tribulación (Heb 12,3), y se encendió de modo admirable en deseo de corresponder a Cristo y de sufrir por él el martirio. Pero como el tiempo del martirio, igual que el invierno, ha pasado, la lluvia se ha ido y se ha retirado (Cant 2,11), Cristo le preparó otro género de martirio, también corporal. Sucedió, pues, una noche, dichas las Completas, que estaba de pie ante su lecho en el dormitorio, ocupada en oraciones. He aquí que le vino el pensamiento de estas cosas, y comenzó a desear de modo admirable e inefable sufrir el martirio por Cristo, como la beatísima Inés. Y como ardiera tanto en semejante deseo que ya creía morir de anhelo, se le rompió una vena por fuera, a la altura del corazón, y de allí brotó tanta sangre que sus túnicas y su cogulla quedaron empapadas copiosísimamente. Debilitada, se sentó un poco; y al punto se le apareció Cristo con rostro de quien se alegra con ella, y le dijo: «Por el fervor tan anhelante del martirio que tuviste en el derramamiento de esta sangre, recibirás en el cielo el mismo mérito de martirio que

la beatísima Inés recibió por mi fe cuando le cortaron la cabeza; porque con tu deseo has igualado en sangre su martirio». Esto concuerda con lo que pusimos al principio del libro primero, donde se refiere que cierta matrona noble y devota dijo a la piadosa Lutgarda, cuando aún era jovencita: «Tú —dijo— eres una buena Inés, y en verdad serás otra Inés». ¡Oh mujer verdaderamente beatísima, a quien el mismo Cristo, en tiempo de paz, adornó con la corona del martirio! Testigos de este gloriosísimo hecho fueron dos de las monjas, Margarita y Lutgarda, de sobrenombre Limmos, mujeres devotísimas, que lavaron los vestidos de la piadosa Lutgarda después del derramamiento de sangre. Testigo fue también la cicatriz de la vena rota, hasta el día en que su dichosa alma pasó de este siglo. Testigo fue también el cese de aquella molestia con que Dios templó la soberbia en el sexo de Eva; y tenía veintiocho años cuando se dice que le sucedieron estas cosas.

Matilde, noble matrona nacida en la región de Lieja, que había dejado como herederos a sus hijos caballeros, servía al Señor en Aywières. Consumida por la vejez y la debilidad, perdió por completo el oído, como suele suceder por ello. Un día, en unas Vísperas solemnes, mientras las monjas cantaban en voz alta y una de ellas se lo indicaba por señas a la dicha matrona sorda, y esta, entendiendo la seña, lloraba su sordera, se acercó la piadosa Lutgarda y le preguntó por señas por qué lloraba. Y ella dijo: «¿Cómo no he de llorar yo, miserabilísima, que estoy tan privada del oído que no puedo oír la solemnidad del canto

con que se sirve a Dios?» Al punto la piadosa Lutgarda, compadecida de la que lloraba, se inclinó un poco en oración y se levantó; y untando dos de sus dedos con saliva, los puso en los oídos sordos. ¡Cosa admirable! De repente la mujer oyó cómo se rompía por dentro con un chasquido la obstrucción de sus oídos, y, abiertos ya del todo, oyó al punto; y reconociendo en tan gran milagro la virtud de la piadosa Lutgarda, bendijo magníficamente al Señor.

Cada vez que, arrebatada en espíritu, recordaba la pasión del Señor, le parecía que realmente estaba roja por todo el cuerpo, bañada en sangre. Habiéndolo oído en secreto cierto presbítero religioso, aguardó el momento oportuno en que no había duda de que, conforme al tiempo, ella estaría recordando la pasión de Cristo, y se dispuso a verla donde yacía en contemplación, reclinada contra la pared. Y he aquí que vio su rostro y sus manos, que eran lo único descubierto, resplandecer como bañados en sangre reciente, y sus rizos empapados de sangre, como de las gotas de la noche (Cant 5,2). Al ver esto, cortó a escondidas con unas tijeras una parte de ellos y se apartó; y mientras los llevaba en la mano hacia la luz y se admiraba asombrado sobremanera, volvió la piadosa Lutgarda del arrobamiento de la contemplación a los sentidos exteriores, y también los rizos que el atónito tenía en la mano recobraron al instante su color natural. Y él, aterrado más de lo que puede creerse ante tan grande espectáculo, casi cayó de espaldas. Advierte, lector, que no es de extrañar que la piadosa Lutgarda se viera

roja de sangre, porque en su vida fue muy especialmente de aquellos que lavaron sus vestiduras en la sangre del Cordero (Ap 7,14); pues de la consideración espiritual de la mente en lo interior tomó el cuerpo por fuera la semejanza.

Cierto caballero, poderoso por su linaje y sus riquezas, tenía una hija monja en Aywières; y ella, sabiendo que su padre estaba enredado en diversos vicios, lo indujo a pedir oraciones a la piadosa Lutgarda y a solicitar que ella lo recibiera, como es costumbre en tales casos, por hijo espiritual. Ella accedió, y se puso a suplicar al Señor por él. Y he aquí que Satanás se apareció a cierta monja de aquel mismo monasterio y le dijo: «Mira, doña Lutgarda se esfuerza por arrancar de mis cadenas al caballero Thimer, que me ha servido tantos años. Déjala: no es obra de poco tiempo lo que ha comenzado; pero yo, aunque no logre otra cosa, haré al menos que su corazón hierva en el horno de la pobreza (Is 48,10), y su alma se consumirá como suele freírse la carne en la sartén». Y tú, lector, mira qué admirable verdad hubo en el mentiroso. Pues, aunque aquel caballero abundaba entonces en grandísimas posesiones y riquezas, en poco tiempo vino tan a menos que gastó dinero contante hasta mil quinientas libras; y vendidas después sus posesiones, llegó a tal pobreza que en su extrema necesidad apenas tenía pan. Con todo, en todas estas cosas se sabe que tuvo tanta paciencia que nadie dudaba de que las oraciones de la piadosa Lutgarda habían asistido al caballero. A este lo hemos visto monje en Affligem, el más ordenado de todos los monasterios

de aquella Orden, y venerado por todos por su admirable vida a tal edad y por su paciencia. De este y de semejantes modos arrancó la piadosa Lutgarda con sus oraciones a muchos de los lazos del diablo, y los llevó a un estado más enmendado de buena vida.

Cierta muchacha de la Orden del Císter, agobiada por una gravísima molestia de tentaciones, había visto muchos años antes que la piadosa Lutgarda se le aparecía en sueños, y se le dijo que había de ser librada por sus oraciones. Mucho tiempo después vino, pues, a ella a Aywières y reconoció su rostro, conocido antes solo en sueños; y Lutgarda, como hemos dicho, la libró con grandísima insistencia de oraciones de toda la molestia de las tentaciones. Entonces la muchacha, habiendo experimentado en su propia liberación la virtud de la piadosa Lutgarda, le rogó que alcanzara de Dios omnipotente con sus oraciones que pudiera soportar los trabajos de su Orden y abstenerse de comer carne; porque la muchacha era enfermiza desde la infancia y apenas podía privarse de la carne en los días de ayuno. La piadosa Lutgarda objetaba la edad demasiado tierna de la muchacha para semejante abstinencia; pero como la muchacha suplicaba con la mayor insistencia que se cumpliera su deseo, vencida al fin por sus lágrimas, le dijo: «Vete; desde este día tendrás fuerzas para abstenerte de la carne y guardar tu Orden, y para añadir lo que te plazca». ¡Milagro verdaderamente admirable y asombroso! Vuelta la muchacha a su casa, le servían en la enfermería carne, según la costumbre;

pero en cuanto la miró, puesta en el plato con una apariencia muy semejante a algo vergonzoso, sintió horror de solo verla, de modo que, volviendo el rostro, no pudo comerla en absoluto. Y como se intentara muchas veces, concibió en su mente tal aborrecimiento de la carne que nunca más, después de las palabras de la piadosa Lutgarda, comió carne; y no solo los trabajos de la Orden, sino cualquier cosa que quiso soportar para mortificación de su cuerpo, le fue facilísima y sin molestia alguna. Esto me lo refirió con grandísima modestia aquella misma muchacha, ya bastante anciana y puesta al frente de un monasterio como abadesa; pero la alabanza de la piadosa Lutgarda la obligó a contarlo.

Cierta muchacha religiosa llamada Hespelendis, desesperada por excesiva tristeza en medio de un exceso de tentaciones, pidió a la piadosa Lutgarda el sufragio de sus oraciones; y como esta hubiera derramado por ella oraciones y lágrimas en abundancia, le respondió por revelación del Señor: «Has de consolarte, carísima, porque el Viernes Santo, cuando después de la adoración de la Cruz el sacerdote, elevando la Cruz, diga: "Mirad el árbol de la Cruz", quedarás libre de todo asalto de las tentaciones y alcanzarás la confianza del consuelo». Y así sucedió: pues en la hora predicha quedó libre, y por la confianza del consuelo fue agraciada con la gracia divina.

Cuando el venerable Juan, abad de Affligem, llevó consigo a cierto hombre a ver a la piadosa Lutgarda, este, al verla, quedó impresionado y con el rostro angustiado. El abad, extrañado,

cuando se hubieron alejado, dijo al hombre: «¿Has visto a aquella santa mujer?» Y él, sacando suspiros de lo hondo del pecho, dijo: «La he visto; y al verla, como si viera la majestad divina, me ha herido tal horror de mis pecados que, con la ayuda de su sufragio, me veré libre de ellos y, Dios mediante, no volveré a recaer». Que así sucedió lo recuerda el dicho abad, varón digno de memoria.

Cierta mujer tenía un hijo epiléptico llamado Juan, por el que estaba angustiada y triste desde hacía mucho tiempo; y sucedió que en sueños se le dijo una palabra como esta: «Ve a doña Lutgarda, que vive en Aywières, y por ella quedará libre tu hijo». Al llegar la mañana, fue con su hijo a Aywières y presentó el hijo a la piadosa Lutgarda. Ella, haciendo primero oración, le puso al punto un dedo en la boca y le trazó con el pulgar una cruz en el pecho; y desde aquel día en adelante libró al niño de toda molestia de la epilepsia.

Una vez, celebrándose la fiesta de Todos los Santos, en la misma fiesta se apareció en visión a la piadosa Lutgarda una grandísima multitud de santos; y el Espíritu Santo le reveló que estaba llena del espíritu de todos ellos y de la gracia de todos. ¿Qué tiene de extraño? Pues si los dones son conforme a las virtudes, ¿de qué don o gracia había de carecer la que resplandeció llena de toda virtud?

Una vez que la piadosa Lutgarda estaba enferma por debilidad del cuerpo, doña Sibila de Gages, que desde su entrada en la Orden solía servirla devotísimamente, a instigación del espíritu de maldad, casi desfallecida por el largo

trabajo, se fatigaba de corazón y de cuerpo; y dijo una vez en su corazón: «¿Por qué trabajo tanto al servicio de doña Lutgarda? Nunca mi madre sirvió tanto a nadie en su vida, ni me corresponde a mí estar entregada a tan gran servidumbre». Y al punto, aquella misma noche, oyó una voz que le decía: «No vine a servir». Cuando ella lo oyó, se reprendió gravemente a sí misma, y en adelante sirvió a la piadosa Lutgarda con grandísimo gozo y deleite.

Cierto hombre, desesperado por la mancha de sus crímenes, fue llevado ante ella para que al menos se consolara con su conversación. Al instante, apenas se sentó junto a ella y comenzó a oír sus palabras, vio sobre ella una claridad inestimable, más allá de todo fulgor. Alegrado con aquella visión, y confortado, como es natural, en la esperanza del perdón, el hombre se marchó.

Sucedía con frecuencia que, mientras rumiaba la salmodia, el Espíritu Santo le revelaba la virtud y el sentido de los versos. Sucedió, pues, una noche que, mientras decía en el cántico «Te Deum laudamus» aquel verso: «Tú, para liberar al hombre, aceptaste la condición humana sin desdeñar el seno de la Virgen», se le apareció la beatísima Virgen María como congratulándose con ella; y entendió que este verso, por el que se recuerda que la Virgen concibió al Hijo de Dios, era gratísimo a la beatísima Virgen. Revelándomelo ella misma como a un hijo amado, me aconsejó que cada vez que dijera este verso me inclinara con todo el cuerpo en alabanza de la gloriosa Virgen. Lo cual he hecho largo tiempo y sigo haciendo,

y exhorto a todos los que lean esto a hacer lo mismo.

Viendo a cierta pobrecilla muy necesitada, se sentía movida por un admirable espíritu de compasión a hacerle bien; y al punto le dijo el Señor en espíritu: «Lees en el salmo y me dices: Mi porción, Señor: he dicho que guardaré tu ley (Sal 119,57). Entiéndelo así: tu porción soy yo, no tienes otra cosa; y por eso responde a la necesitada: No tengo oro ni plata; pero lo que tengo, eso te daré (Hch 3,6). Ruega, pues, por ella, y le habrás dado lo que es tuyo; y al decir esto, has guardado mi ley». Iluminada interiormente de modo admirable por estas palabras de Dios, fue a doña Sibila de Gages y le contó lo que el Señor le había dicho. Ella, examinando las glosas sobre aquel lugar del Salterio, Mi porción, Señor: he dicho que guardaré tu ley, halló que el Señor le había respondido con toda claridad conforme a la glosa. Consta, pues, que las sagradas Escrituras han sido expuestas con el mismo espíritu con que fueron escritas. De modo semejante, cuando cierto monje de Affligem iba a ser enviado a una parroquia muy disoluta y le rogó humildemente que suplicara por él al Señor en tan gran peligro, ella le respondió: Esperando, esperé en el Señor, y él lo atendió (Sal 40,2). Y vio que así se cumplía con tanta evidencia que no dudó en absoluto de que la piadosa Lutgarda le había respondido por el espíritu de Dios.

III. COSAS FUTURAS, AUSENTES Y OCULTAS, REVELADAS POR EL ESPÍRITU DE PROFECÍA

Consta a muchos, y por muchas cosas, que la piadosa Lutgarda brilló por el espíritu de profecía. Cierto presbítero, viniendo a tierras de Francia al monasterio de Jouarre, oraba de noche en una cripta donde reposaban cuerpos de santos; y como inesperadamente abriera el sepulcro de alabastro de cierta santa y no pudiera saber su nombre ni su mérito, rogó después a la piadosa Lutgarda que suplicara al Señor por la revelación de aquel nombre. Accediendo a los ruegos de aquel hombre, se entregó toda a la oración, y al punto obtuvo lo que pidió. Pues se le apareció la dicha santa y le dijo: «Me llamo Osana, virgen, hija en otro tiempo del rey de Escocia; traída por milagro del Señor a tierras de Francia, viví santamente; y habiendo muerto allí y siendo sepultada solemnemente, los habitantes del lugar acabaron por olvidarme por el descuido del tiempo». Cuando la piadosa Lutgarda contó esto al dicho varón, añadió: «Quisiera que el Señor te mostrara esto mismo en testimonio de la verdad». Y él dijo: «No soy digno de que se me muestren tales cosas». Ella le dijo: «Aunque quizá seas poco digno, ella sí es digna de que sus alabanzas se revelen dignamente». Sin tardanza, orando por ello la piadosa Lutgarda al Señor, aquella misma noche la virgen se apareció tres veces en sueños al dicho varón y le indicó que se llamaba Osana. El que lo vio da testimonio, y sabemos que su testimonio es verdadero (Jn 19,35; 21,24).

Había en Parc-les-Dames, junto a Lovaina, una devota monja que lloraba inconsolablemente a su hermano carnal, fraile de la Orden de los

Frailes Menores, apóstata desde hacía doce años. Se rogó, pues, a la piadosa Lutgarda que pidiera al Señor por dicho apóstata, porque se creía que su hermana iba a perder el juicio de dolor. Ella, compadecida de ambos, oró al Señor y, vuelta de la oración, dijo: «Díganle a aquella buena muchacha que se consuele con confianza, porque su hermano volverá este año a su santa Orden». Supimos que así sucedió, de manera bien inesperada, por cierto, tratándose de quien había estado enredado de muchas maneras en los negocios del siglo. Y no inquiete a los lectores que algunos hayan caído por apostasía de la Orden de los Frailes Menores o de otras; pues ninguna de ellas es mayor, ni con mucho tan grande, que la misma casa de Cristo, en la que once buenos toleraron al pérfido Judas, ni mejor que el cielo mismo, de donde cayeron ángeles.

Por el mismo tiempo, la ilustre duquesa de Brabante, hija del difunto Felipe, rey de Francia, cayó gravemente enferma; y como desde hacía mucho tiempo tenía en gran aprecio a la piadosa Lutgarda, le mandó decir que rogara al Señor por ella. Ella, hecha al punto la oración, le mandó responder que de ningún modo se levantaría del lecho, sino que se preparara en todo por la confesión y esperara al Señor con grandísima confianza de corazón. Y en breve, como ella había predicho, murió la duquesa. Después de su muerte, la duquesa se apareció a la piadosa Lutgarda, y le dio a conocer con señales certísimas que por la intercesión de la gloriosa Virgen María, a la que había amado admirablemente en vida, era arrancada de

las penas del purgatorio más allá de lo que esperaba. Esto lo supe y lo puse por escrito según lo refirió la venerable Margarita, consagrada a Dios, señora de Velpia. Y lo mismo sucedió con un varón noble, don Godofredo, hijo de don Godofredo, castellano de Bruselas, cuya muerte anunció a las hermanas antes de que se supiera por otra parte.

La reclusa de la Corte de San Esteban, sintiendo en su edad de muchacha una gravísima molestia de tentación, acudió a la piadosa Lutgarda para que orara por ella. Y como Lutgarda le preguntara cuál era su molestia, y ella temiera decirlo, le dijo la piadosa Lutgarda: «Mira, el Señor me ha revelado lo que te avergüenza decir»; y diciendo esto, descubrió a la muchacha todo el estado de su corazón, que ni siquiera a los presbíteros había querido revelar. Exhortándola, pues, a confesarse, la dejó, tras la confesión de sus pecados y la enmienda de sus costumbres, tan perfectamente sana y consolada de toda molestia que en adelante sirvió al Señor con grandísima presteza y gozo de espíritu. Consta que lo mismo, y semejante casi en todo, le sucedió al hermano Werico, converso de Aywières. ¿Qué tiene de extraño? Pues tenía consigo en espíritu a aquel cuyos ojos son más luminosos que el sol (Eclo 23,19); lo cual se vio claro en el hecho que añado. Cierto hombre había cometido un pecado en un lugar muy escondido, y temía revelarlo al presbítero. Y he aquí que no mucho después, uno en figura de peregrino le rogaba que le lavara la cabeza, en remisión del pecado que más temía. Y cuando ya había comenzado a hacerlo, halló

en lo alto de la cabeza del peregrino un ojo luminosísimo, y exclamó: «¡Oh hombre que, contra naturaleza, tiene un ojo en la coronilla!» Le dijo el peregrino: «Este es el ojo que te vio pecar en lo escondido, y al que ningún secreto puede quedar oculto». Dicho esto, se desvaneció de los ojos del asombrado.

La piadosa Lutgarda era solícita sobremanera en amonestar con frecuencia, con admirable gracia en el hablar, a los sacerdotes conocidos, para que cuidaran con solicitud del rebaño que se les había confiado y libraran de la servidumbre de los demonios a las almas que Cristo redimió. Yo, por mi parte, aunque indigno, cuando, joven todavía, accedí al orden del presbiterado, no estando aún en la Orden de Predicadores, me vi obligado, sin merecerlo y por encima de mis fuerzas, a hacer las veces del obispo en oír confesiones. Y como lo comenzara con gran temor de corazón, empecé, atormentados por fuera los oídos con lo que oía, a verme agitado por dentro con aguijones de tentaciones. Sobrecogido, pues, de grandísimo temor y espanto, acudí a la piadosa Lutgarda como a una madre muy especial para mí, y, tocado de dolor, le descubrí mi pesadumbre. Ella, compadecida de mí, se entregó a la oración; y volviendo, me dijo con gran confianza: «Vuelve, hijo, a tu lugar, y emplea en el cuidado de las almas el trabajo que les debes; Cristo estará contigo como protector y maestro, para arrancarte poderosamente de los dardos del enemigo al oír confesiones; y, en la falta de ciencia que temes, te añadirá una gracia más abundante». ¡Cosa admirable! Y aunque me

da vergüenza referirlo de mí mismo, para alabanza de Cristo y de su sierva no callaré lo que sucedió. Desde aquel día, pues, mientras he ejercido el oficio que se me impuso, hasta el presente, en que han transcurrido de por medio dieciséis años, he experimentado en mí verdaderísima la profecía de la piadosa Lutgarda; aunque fuera de ese tiempo, cuando no estaba ocupado en oír confesiones, he sido atormentado con frecuencia de modo intolerable. Y cuanto más inmundas son las cosas que oigo, tanto menos me inquietan y menos me mueven al oírlas.

Y para que se mostrara el mérito de la piadosa Lutgarda a algunas que en Aywières quizá pensaban de ella menos dignamente, sucedió este milagro solemne que narro. Solía alimentarse todos los domingos con el Sacramento del Cuerpo del Señor. Y como, al ir al altar, nadie la sostenía para ayudar a su débil cuerpo, algunas a quienes fue dado verlo vieron claramente que dos ángeles la llevaban en medio y la conducían al altar. De modo semejante, otra vez se vio clarísimamente que la gloriosísima Virgen María y el bienaventurado Juan Bautista la acompañaban sirviéndola; pero esto fue mucho después, cuando ya se acercaba el tiempo en que había de pasar de este mundo.

Se esforzaba con admirable solicitud por confortar y fortalecer a los atribulados y tentados; y en verdad Dios mismo le había concedido en esto una gracia admirable, de modo que nadie, tentado o atribulado, se apartaba de ella sin alivio. Llegó, pues, cierta mujer, del todo desesperada de toda esperanza de perdón, y entró en el locutorio.

Las monjas le rogaban que aceptara consuelo y pusiera su esperanza en Dios, que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (Ez 33,11). Pero ella se esforzaba, inútilmente, por huir; con todo, reteniéndola, le rogaban que esperara a la piadosa Lutgarda, la cual, aunque no pudiera hablarle para consolarla, por ser de lengua teutónica, rogaría sin embargo por ella al Señor; pues la mujer no hablaba sino francés. Sin tardanza fue traída la piadosa Lutgarda y se retiró con la mujer a un lugar apartado; pues percibió en espíritu que aquella mujer estaba atribulada sobremanera. Todas empezaron a admirarse y a reír de cómo dos lenguas desconocidas la una para la otra podían entenderse en la conversación. Después de estar allí sentadas largo rato, se levantó la mujer, devuelta a la más plena confianza en la esperanza; y, volviendo al locutorio, dijo a las monjas: «¿Por qué me dijisteis que esta santísima señora era teutona, si yo la he hallado del todo francesa? Pues no hay otra bajo el cielo que hubiera podido devolverme con sus palabras a la esperanza del perdón». Y no es de extrañar que por aquel rato se entendieran en la conversación lenguas desconocidas la una para la otra, pues Lutgarda estaba llena de aquel Espíritu que llenó con la diversidad de lenguas a los discípulos reunidos en un mismo lugar. [Refiere el padre Bernardo que la vio a ella y a aquel varón venerable y digno de Dios, el maestro Guiardo, obispo de Cambrai, que ignoraba por completo la lengua teutónica, como ella el francés, hablar entre sí y entenderse mutuamente.] Yo he visto a una que

el día de Pentecostés, desde la hora tercia hasta la tarde, tuvo conocimiento de todas las lenguas; pero no quiero darla a conocer todavía, porque aún vive.

Afligiéndose largamente con lamentos por los pecadores, su rostro se bañaba cada día de tal modo que, según el profeta Jeremías, sus ojos parecían derramar una fuente de lágrimas (Jer 8,23). Este dolor, este gemido era tan inefable para quienes lo veían, que apenas podía nadie contemplarlo sin grave dolor de corazón. Cuando, pues, plugo al Señor de las misericordias calmarla en tales penas, se le apareció mientras gemía en su llanto; y congratulándose con ella de que hubiera llevado largo tiempo con fidelidad la causa de los miserables, con la misma mano que extendió en la cruz por los pecadores le enjugó las lágrimas del rostro, diciendo: «Quiero que seas consolada en estos lamentos por mis pecadores; y no consentiré que te fatigues más en llantos, sino que perseverarás en la oración con sosegado fervor de corazón, y por ello, como antes por las lágrimas, apartarás benignamente la ira del Padre». Este estado perduró en ella inmutable hasta el día de su muerte.

Desde entonces transcurrieron cinco años en los que (como ella misma me dijo con muchas lágrimas) fue visitada casi a diario por la misma Madre de Cristo, o por los apóstoles, o por otros santos especiales, sin contar las continuas visitas de los ángeles; y, sin embargo, en todos ellos no halló su espíritu un descanso perfecto, hasta que encontró a él solo, el Santo de los santos, inefa-

blemente más dulce que todos, como santificador de todos. ¿Y qué tiene de extraño? ¿Qué tiene de nuevo? La piadosa Lutgarda se siente como la esposa del Cantar, cuya alma se derritió (Cant 5,6): es herida, desfallece, anhela, se levanta, busca por las calles a los santos de la nueva gracia, y por las plazas a los patriarcas del Antiguo Testamento. Pasó un poco más allá de ellos —porque no está lejos de cada uno de nosotros (Hch 17,27)— y halló al que ama su alma (Cant 3,4), dirigida más alto la mirada de su mente. Así Pedro, pasando más allá de los centinelas de la ciudad —Elías, Jeremías o uno de los profetas, y aun el mismo Juan Bautista, que como amigo del esposo estaba más estrechamente unido a él—, halló a aquel a quien amaba, y le dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo (Mt 16,16). Pedro halló a Cristo, el Hijo de Dios, que había de morir; Lutgarda halló a Cristo, que resucitó de entre los muertos y ya no muere (Rom 6,9). Pedro perdió a aquel, negado en su pasión; la piadosa Lutgarda halló y retuvo a este, que reina en los cielos. Lo retuvo, digo; lo retuvo ciertamente; y lo retuvo de tal modo que no lo dejará (Cant 3,4). Pues cuanto más ardientemente lo buscó, tanto más estrechamente lo retiene: feliz al buscar, pero más feliz al retener. Lo retuvo, y no lo dejará. Lo retuvo por la fe, y no lo dejó con ningún cambio; pero veamos ahora el triple modo de su búsqueda.

En el Cantar de los Cantares se distinguen tres lechos, según el triple estado del alma. El primero es aquel del que se dice: En mi lecho, por las noches, busqué al que ama mi alma (Cant 3,1). El

segundo es aquel lecho de Salomón que rodean sesenta valientes de los más valientes de Israel (Cant 3,7). El tercero es aquel del que se dice: Nuestro lecho es florido (Cant 1,16). El primer lecho se compara al estado de penitencia, que es el estado de los principiantes; el segundo, al estado de lucha, que es el de los aprovechados; el tercero, al estado de vida contemplativa, que es el de los perfectos. En el primero yace el herido; en el segundo, el fatigado; en el tercero, el regalado. En el primero, pues, es decir, en el lecho de la penitencia, aunque nunca fue herida por el golpe de pecado mortal alguno, la piadosa Lutgarda buscó perfectamente al Amado, cuando, a ejemplo del salmista, noche tras noche lloraba uno a uno los pecados de su ignorancia, lavaba con grandísimo cuidado el lecho de su conciencia y regaba su estrado con admirable abundancia de lágrimas (Sal 6,7). En el segundo lecho, que es el de la lucha, buscó también la piadosa Lutgarda al Amado, cuando, combatiendo contra la carne, la sometió con admirable abstinencia y trabajo; venció al mundo con extrema pobreza y humildad; y derribó al diablo con lágrimas saludables y con la oración. Este lecho lo rodeaban sesenta valientes de los más valientes de Israel, cuando la protegían no solo los ángeles, como ya hemos escrito, sino la misma Madre de Cristo con las huestes de los demás santos. Y en el tercer lecho, que es el del reposo, buscó perfectamente la piadosa Lutgarda al Amado, cuando no se apoyaba ni en los ángeles ni en los santos, sino que descansaba dulcemente por la contemplación en

el lecho del solo Esposo. Por eso pudo decir con Isaías: Pues el lecho es estrecho, de modo que uno ha de caer, y el manto corto no puede cubrir a ambos (Is 28,20). Este lecho se llama florido porque está sembrado de la primaveral multitud de las virtudes y de la fragantísima suavidad de la buena fama; y «nuestro», es decir, común solo al Esposo y a la esposa, en cuanto pudo decir: Mi amado es para mí y yo para él, que se apacienta entre los lirios (Cant 2,16). Y aquello otro: Yo soy de mi amado, y hacia mí se vuelve él (Cant 7,11). ¿Qué tiene de extraño?

El amor no conoce señor; no sabe el amor señorear; / por alto que sea quien ama, no ama sino de igual a igual.

De otro modo podría llamarse esclava, no esposa; y la esposa, en figura de este misterio, fue tomada en nuestros primeros padres del costado, no del pie. Así su espíritu era absorbido en Dios, de modo que, como la reina de Saba desfalleciendo de admiración, no le quedaba más aliento (1 Re 10,5); sino que, toda trasladada a Dios, como una gota de agua en un tonel de vino, se mezclaba con él en un solo espíritu. Y esto es lo que Cristo, apresurándose hacia su pasión, pidió al Padre por los que habían de creer, diciendo: ¡Como tú, Padre, en mí y yo en ti, así sean también ellos uno en nosotros! (Jn 17,21). Pero como hemos alargado este libro, el segundo de nuestra obra, con materias diversas y, según creemos, útiles, respiremos en el intervalo de una breve pausa, para pasar con más gusto a la historia de su preciosa muerte.

LIBRO TERCERO.

Lo que hizo en sus últimos años, en la ceguera. Su muerte. Milagros

I. Apariciones del beato Jordán, Maestro general de los Predicadores, de Jacobo de Vitry y de otros. El tercer ayuno de siete años

Ahora, pues, llevado fielmente a término el libro segundo, comenzamos igualmente el tercero, sobre su tránsito. Hacia el undécimo año antes de partir de esta vida, recibió una especie de preludio tanto de una vida quietísima como de una muerte feliz. Pues, a semejanza de los patriarcas Isaac y Jacob, quedó privada de la vista de ambos ojos, y alcanzó el fulgor de la luz celestial con más perfección que antes. Pues no era digno que su mente, adornada por dentro de una luz radiantísima, se oscureciera en cierto modo por fuera con las tinieblas de esta luz nuestra. Pues ¿quién dudará de que la agudeza espiritual de la mente se embota con las imágenes de las cosas corporales, que, como se sabe, entran en la mente desde fuera por los ojos? Cegada, pues, por fuera, era llevada por dentro, con toda su mente, en la luz. En esta ceguera la piadosa Lutgarda solo lamentaba no poder ver ya más en esta vida a sus amigos espirituales; pero Cristo, en su bondad, pronto le quitó este afecto de admirable sencillez, y ella pedía verlos solo en la patria. Y en este capítulo añadió fray Bernardo que, según oyó de sus labios, el Señor le había respondido: «Acepta con paciencia la ceguera que te he enviado, porque te prometo que te tomaré del cuerpo sin purgatorio. Y a los amigos que te quejas de no poder ver ya en esta

vida, te los guardaré para que los veas en la patria eterna».

Hacia el mismo tiempo, aunque un poco después, Jordán, de feliz memoria, Maestro de la Orden de Predicadores, que había tenido largo tiempo el deseo de visitar la Tierra Santa, volviendo por mar, por un oculto juicio de Dios, se ahogó con una grandísima multitud de personas y con dos frailes de la Orden. Al punto, desde la cumbre más alta del cielo hasta la nave en que yacía ahogado, una grandísima columna de luz, encendida por Dios, resplandeció de noche durante cinco horas; y, arrojado a la orilla el sagrado cuerpo, una lámpara del cielo brilló sobre él tres veces, y la cuarta sobre su compañero, fray Geraldo; y así la lámpara, al volverse, fue recogida por una nube. Fueron testigos de esto cristianos católicos, griegos cismáticos y gentiles. Uno de los nuestros lo describió claramente, entre otras cosas, en una secuencia que contiene sus hechos, diciendo:

Fue a la Tierra Santa / a visitar allí a los hermanos; / pero, al volver por mar, / hundiéndose comenzó a salmodiar / y a bendecir a Cristo, / y así subió pronto al cielo, / como dan a creer los signos. / Al instante se encendió / una inmensa columna de luz, / que, al brillar desde el cielo, / iluminó sus santísimos miembros; / y adónde había pasado el alma / quiso que lo supieran los que veían. / En cosa tan manifiesta, / arrojado a la orilla el santo cuerpo, / resplandeció una lámpara del cielo, / que, detenida tres veces sobre el difunto, / brilló también una cuarta vez / sobre el que llevaba consigo. / Y así, con rápido regreso, /

arrebatada en una nube, ya no se vio. / El cuerpo, maravillosamente fragante, / es atendido por los fieles. / Dan a una los griegos, / los latinos y los gentiles / alabanzas a Cristo con llanto. / Y así la verdad, magníficamente, / queda patente bajo tres testigos.

Esto lo oímos de unos hermanos de la Casa Teutónica, que merecieron verlo con sus propios ojos. Y también leímos esto mismo atestiguado en una carta del prior de los Dominicos de Venecia.

Aquel mismo año, pues, en la vigilia de la Natividad del Señor, mientras la bienaventurada Lutgarda oraba desde la hora prima del día hasta la sexta y sentía en el espíritu como unas tinieblas, empezó a hastiarse tanto que prorrumpió en estas palabras: «Señor, ¿qué es esto que siento? ¿Qué es esto que padezco? Ciertamente, si tuviera en el cielo o en la tierra algún amigo que orara por mí, no sentiría tal dureza en el corazón». Mientras decía esto con lágrimas, he aquí que de repente apareció ante los ojos de su mente un espíritu tan luminoso y tan glorioso que, por la grandeza de su claridad, no lo reconoció. Ella le dijo: «¿Quién eres, señor?» Y él dijo: «Soy fray Jordán, en otro tiempo llamado Maestro de la Orden de los Frailes Predicadores. He pasado de este mundo a la gloria, y resplandezco ensalzado entre los coros de los apóstoles y de los profetas; he aquí que he sido enviado a ti para consolarte en esta gratísima fiesta. Y tú vive ya segura de tu premio, porque pronto serás coronada por el Señor. Y el salmo Dios tenga misericordia de no-

sotros (Sal 67,2), con la colecta del Espíritu Santo, que, en vida mía y a ruego mío, prometiste decir por nuestra Orden, guárdalo con diligencia hasta el fin de tu vida». Y como la piadosa Lutgarda le preguntara por cierto fraile de la Orden, respondió: «Por la obediencia que me mostró a mí y el amor que te mostró a ti, pronto le hará Dios bien». Dicho esto, desapareció, y la dejó en un consuelo tan grande como el mayor que hubiera tenido nunca. Casi esto mismo, aunque de modo distinto, reveló después de su muerte el dicho venerable padre a un fraile de la Orden; y mostró con honrosa apariencia que había sido colocado en el cielo en el orden de los prelados excelsos. Lutgarda había amado admirablemente en vida a este venerable varón, y él confiaba en ella más que en ninguna otra mujer, tanto que la constituyó madre y nodriza de toda la Orden de Predicadores; y, en efecto, la vimos devota y solícita con los frailes más que con ninguna otra Orden; por eso cada día prestaba a Dios un diligente servicio especialmente por ellos.

Cumplidos por segunda vez los siete años que ayunó solo a pan y verduras, de nuevo se le reveló que emprendiera por tercera vez ayunos votivos, por los cuales Dios apartara aquel mal que temía con toda certeza que amenazaba a la Iglesia de Cristo por medio de cierto enemigo. Desde entonces, pues, hasta el fin de su vida continuó sus ayunos de tal manera que no dejó pasar sin ayuno ni un solo día, ni siquiera el solemnísimo día de Pascua. Y murió, como expondremos después más ampliamente, el séptimo año de este

saludable ayuno. Y no sin fruto del ayuno, como ya esperamos con toda certeza. Pues me dijo, cuando yo temía gravemente por el dicho peligro, es decir, el año anterior a aquel en que partió de esta vida: «Podrás consolarte, carísimo, según confío, respecto de aquel a quien llaman el oculto acechador de la Iglesia: o será humillado por las oraciones de los fieles, o, saliendo pronto de esta vida, dejará a la Iglesia la paz que se pensaba que iba a perturbar». Aún no hemos visto lo que predijo, pero confiamos de veras en que pronto se cumplirá. Pues de todas las cosas que predijo para el futuro no hemos visto ni una sola caer en tierra y quedar en nada, como palabras que eran de quien se prueba plenamente que las bebió del Espíritu de Dios.

Hacia el mismo tiempo, aquel venerable y digno de Dios Jacobo, antes obispo de Acre y entonces cardenal de la Curia romana, de quien hicimos mención más arriba, pasó de este mundo en Roma en la vigilia de los santos Felipe y Santiago. Al cuarto día de su muerte, pues, es decir, en la fiesta de la Cruz, la piadosa Lutgarda, sin saber nada (como que se hallaba a treinta jornadas de aquel lugar, en tierras de Brabante), fue arrebatada en éxtasis al cielo y vio que en aquella misma hora el alma del dicho obispo era llevada al paraíso. El espíritu de la piadosa Lutgarda, congratulándose con él en el cielo, le dijo: «Oh reverendísimo padre, no sabía que hubieras muerto; ¿y cuándo dejaste el cuerpo?» Y él: «Es ya el cuarto día; pues he pasado tres noches y dos días en el purgatorio». Al punto ella

preguntó con admiración: «¿Y por qué —dijo— no me lo hiciste saber a mí, que aún vivía, inmediatamente después de tu muerte, para que tu pena se redimiera con las oraciones de nuestras hermanas?» Y él dijo: «No quiso el Señor que te entristecieras por mi pena, sino que, terminado el purgatorio, te consolaras más bien con mi liberación y glorificación. Y tú me seguirás pronto». Dicho esto, la piadosa Lutgarda volvió en sí, y con grandísimo júbilo anunció a las hermanas el día de su muerte, su purgatorio y su glorificación. Y también en esto tuvo la verdad dos testigos, pues el Señor reveló a un fraile de la casa de los Predicadores de Roma, donde primero fue sepultado, lo mismo que hemos dicho del purgatorio y de la glorificación al cuarto día de su muerte. [Fray Bernardo, por su parte, supo por revelación de ella misma que lo mismo le había sucedido con muchos de sus allegados:] ¿Qué hay más evidente que este hecho? ¿Qué judío, qué gentil podrá con su incredulidad debilitar una verdad tan evidente? Apenas murió en Roma, y al cuarto día ella lo supo en Brabante. Avergüéncese aquel vilísimo detractor que dijo y escribió que debían tenerse por profanos los que escribían las visiones fantásticas de mujercillas. Con esto quiso censurar al dicho venerable Jacobo, que escribió con elegante estilo la beatísima vida de la bienaventurada mujer María de Oignies.

El quinto año antes de su muerte, el tercer domingo después del día de Pentecostés, se leía en la iglesia el Evangelio Un hombre dio una gran cena (Lc 14,16); y, tocada interiormente del

espíritu de profecía, dijo a doña Sibila de Gages, a cuyo cuidado había sido confiada en todo, como a monja más letrada: «Has de saber, carísima, que el domingo en que se lea este Evangelio seré trasladada, ya difunta, a la cena de las bodas del Cordero (Ap 19,9)». Dicho esto, la mencionada Sibila aguardaba con suma expectación aquel domingo, como el día futuro del tránsito de la piadosa Lutgarda. Pero, llegado aquel día al volver el tiempo de aquel año, como no se la vio morir, la dicha Sibila, creyendo fantasiosa la visión profética, la olvidó por un tiempo. Pero cuando, al quinto año, volvió aquel mismo domingo que había predicho, estando puesto en el féretro el cuerpo difunto de la piadosa Lutgarda, se leía en la iglesia, en la misa matutinal de la comunidad, el Evangelio que hemos dicho. Al oírlo, la memorable Sibila recordó lo que ya hemos dicho y quedó atónita; y, con admiración de todos, hizo saber cómo la piadosa Lutgarda lo había predicho cinco años antes con espíritu profético.

El cuarto año antes de su muerte, el crudelísimo pueblo de los tártaros irrumpió de sus asientos; destruyó la Hungría mayor de Oriente y la Hungría menor de Occidente, y también una grandísima parte de Turquía y de Grecia, a saber, Bulgaria y Rescia; dio muerte al poderosísimo duque de Polonia y arrasó la tierra y el pueblo; y cuando ya habían comenzado a invadir parte de Alemania, a saber, Bohemia, había en toda Francia y Alemania grandísimo temor de que también las invadieran y asolaran, como a las demás tierras. Vino, pues, fray Bernardo, fraile

de la Orden de Predicadores y penitenciario del señor papa, sobrecogido sin duda por el temeroso rumor, y rogó a la piadosa Lutgarda que orara con instancia al Señor y apartara de los confines de Alemania el azote de los tártaros. Y ella: «No es ahora —dijo— cuando he empezado a rogar al Señor por este asunto; estoy ya cierta de que los tártaros no avanzarán ahora hasta estas tierras». Y él lo recibió como si hubiera resonado divinamente desde el cielo.

Hacia el mismo tiempo, el venerable Balduino, llamado de Barbençon, prior de Oignies, que había sido muchos años capellán en Aywières, predicador celebérrimo de la palabra de Dios, contra el consejo de sus amigos se mezcló, de manera poco digna, en los asuntos temporales. [Acometido de una grave enfermedad, la víspera de su muerte mandó que le trajeran el dedo de la bienaventurada María de Oignies, y en su presencia dijo: «Oh venerable señora, viviendo aún en el cuerpo, prometiste socorrerme en la hora de la muerte: socórreme, pues, ahora, oh señora, socórreme: ya es tiempo». Murió, pues, allí Balduino, y allí, en Oignies, fue sepultado con digna veneración. Nuestro fray Bernardo había asistido a sus funerales y exequias, y, nada más sepultado el cuerpo, llegó a Aywières; y, apenas lo hubo saludado, a su misma llegada, le dijo la piadosa Lutgarda: «¿Ha muerto don Balduino?» Y él, admirado de una pregunta tan inesperada y tan repentina, dijo: «Ha muerto, y ya está sepultado. ¿Y entonces, qué?» Y ella le dijo: «Mira, en este mismo instante se me ha aparecido mi

señora María de Oignies, diciendo: "Levántate, levántate, date prisa, carísima, a rogar al Señor, porque en esta hora el alma de nuestro amigo don Balduino es presentada al juicio divino para dar cuenta al Señor de lo que hizo y de lo que omitió"». Mira cuán veraz en tu testimonio y cuán fiel en tu promesa te mostraste, oh venerable María, que, antes que a ningún otro mortal, quisiste acudir a la piadosa Lutgarda en busca del sufragio de sus oraciones; para que, ensalzada ya en los gozos celestiales, alcanzaras para tu amigo difunto el auxilio de aquella a quien, viviendo aún en el cuerpo, declaraste poderosísima para librar almas del purgatorio. Bendito sea, pues, Dios en todo, que quiso declarar la santidad y los méritos de su esposa con un testimonio tan evidentísimo]. Mira, pues, lector, con qué severo juicio han de ser examinados los que, según Isaías, funden la espada de la palabra de Dios en rejas de arado de trabajos temporales (Is 2,4), y, en lugar de las lanzas de la invectiva contra los pecados, se apresuran ya a cosechar el fruto de una paz pasajera para entregarse a los deleites.

II. EL MODO QUE GUARDABA EN LA CONTEMPLACIÓN. SU PREPARACIÓN PARA LA MUERTE QUE CONOCÍA DE ANTEMANO. SU ENFERMEDAD Y SU MUERTE

Preguntada por un amigo suyo espiritual y muy querido de qué modo solía ver el rostro de Cristo en la contemplación, respondió: «En un instante —dijo— se me aparece un resplandor inestimable, y como en un relámpago veo

la inefable belleza de su glorificación; y si no pasara rápidamente ante la mirada de mi contemplación, no podría soportarla y seguir con la vida presente. Tras este relámpago permanece un resplandor intelectual; y cuando en ese mismo resplandor busco a aquel a quien había visto de pasada, no lo encuentro». Advierte, pues, lector, que esto es lo mismo que se dice en el Cantar: Mi alma se derritió cuando habló mi amado; lo busqué y no lo hallé; lo llamé y no me respondió (Cant 5,6). ¿Qué es que Cristo hable en el alma, sino ponerle delante las riquezas de su bondad, de su sabiduría y de su hermosura? Para que por ellas mida el alma cuán bueno, cuán sabrosamente sabio y cuán adornado de virtudes ha de ser aquel que pueda merecer el amor de ella en caridad perpetua. Oyéndolo, pues, el alma se derrite en deseos y se esfuerza por alcanzar a aquel a quien contempla; pero, como aún no ha llegado el tiempo de la visión perfecta, pierde de repente a aquel a quien tenía como presente, para que busque con tanta mayor diligencia cuanto más ardientemente ama, y la mente se disponga tanto más ancha para poseer cuanto más a menudo se renueva para buscar. Decía además que los ojos de Cristo centelleaban con una luz tan radiantísima que, si fuera posible derramar esa misma luz sobre los esplendores del sol, oscurecería los rayos del sol como el sol a las estrellas, e infinitamente más. Y esto es lo que se le mostró a cierto sacerdote religioso que deseaba saber qué quería decir: Sus ojos son más hermosos que el vino (Gén 49,12): en el santo cáliz, donde celebraba los

divinos misterios, se le mostró el rostro de Cristo, cuyos ojos irradiaban tal esplendor de luz que podrían iluminar el mundo entero, aun sumido en tinieblas, más que mil soles. Cierto predicador expertísimo en la vida espiritual, instruido por el mismo Espíritu de verdad, dijo que nunca había conocido en su vida a nadie como la piadosa Lutgarda, que pasara tan perfectamente por la fe al entendimiento y al afecto. Y lo mismo atestiguo yo, en cuanto en parte lo conjeturo por las Escrituras y por el relato de algunas personas espirituales, aunque soy un hombrecillo sin experiencia de tal luz. [Y, en verdad, no podría creerse fácilmente en qué deseos de ver a Cristo ardía. Yo mismo vi alguna vez sus lágrimas por esto, tantas que apenas podía nadie soportarlas sin llorar; y sucedió, dos años antes de que partiera de este mundo, que nuestro fray Bernardo, al venir a Aywières, la encontró enferma ya desde hacía un mes y, con el sacramento de la Unción, preparada casi a diario para la partida. Pues, por su ardentísimo deseo de ver a Cristo, se le había asentado en la mente que entonces había de pasar al Señor. El dicho fraile, no hallando en ella ninguna señal de muerte, le dijo, suspensa como estaba en tan gran deseo: «No me parece, carísima, que vayas a pasar ahora de este mundo». Ella, volviendo hacia él un rostro angustiado, le dijo: «No digas eso, carísimo, porque deseo mucho contemplar a Cristo el Señor con el rostro descubierto». Y él, sonriendo: «No, de veras, madre carísima, no será ahora». Ella, alzando los ojos al cielo, dijo: «Si no ha de ser ahora, hágase su voluntad mañana. En-

tonces me levantaré del lecho y recibiré su cuerpo para mi consuelo».

Un día en que el alma de la piadosa Lutgarda, inclinada a la piedad, se unía más puramente a Cristo en la contemplación, se dejó oír sobre ella una voz, oyéndolo una devotísima monja, que decía: Mis delicias son estar con los hijos de los hombres (Prov 8,31). ¿Qué tiene de extraño? ¿Qué tiene de nuevo? Agustín, el mayor de los contemplativos, llamó al alma fiel y devota paraíso de los paraísos, y con razón: pues en la creación del cielo y de la tierra bastó que dijera una palabra, y fueron hechos; pero en la re-creación del alma, caída por el pecado de Adán, ¿quién podrá estimar cuánto trabajo soportó Cristo durante treinta y tres años, hasta una muerte ignominiosa? No dudo que quien soportó esto fue verdadero Dios y verdadero hombre; pero cuánto ha de estimarse aquel por quien él soportó tales y tantas cosas, nadie podrá nunca admirarlo plenamente; sobre todo aquel que, devolviéndole lo recibido en la medida de sus fuerzas, no cesa de completar en su carne lo que falta a la pasión de Cristo (Col 1,24). Que Lutgarda lo hizo en gran medida no lo duda nadie que la conoció; nadie lo pone en duda que lea esto. Según lo que precede, pues, ¿qué pudo haber en nuestros tiempos más delicioso para Cristo, Hijo de Dios, que Lutgarda? Si lo hubo, no lo sé; Dios lo sabe (2 Cor 12,2). Una cosa sé —creí, por eso hablé (Sal 116,10)—: que no recuerdo haber leído ni oído de ninguna semejante a ella.

Poco más de un año antes de su muerte se le apareció el Señor Jesucristo, aplaudiéndola con

rostro de quien se congratula con ella, y le dijo: «Ya está cerca el fin de tu trabajo: no quiero que sigas más tiempo separada de mí. Solo tres cosas te pido este año. La primera, que des gracias por los beneficios ya recibidos, y que para ello pidas los sufragios de los bienaventurados; la segunda, que te derrames del todo en oraciones ante el Padre por mis pecadores; la tercera, que ansíes con deseo anhelante venir a mí, sin ninguna otra preocupación». Considera, pues, lector, de cuánto mérito fue ante Dios aquella cuya mente Dios ocupó con solo tres cuidados cuando la antigua serpiente había de acechar su calcañar (Gén 3,15).

En el tiempo pascual inmediatamente anterior a su muerte se le apareció el Señor Jesucristo con su gloriosa Madre, en grandísima gloria de claridad. Y como la piadosa Lutgarda (como casi siempre) se lamentara del destierro de la vida presente y de su deseo de la patria celestial, le dijeron: «No es preciso, carísima, que te fatigues más desde este tiempo presente: ya se te prepara el remedio de la paz perpetua para tu coronación; y no queremos esperarte más de aquí en adelante». En cuanto recibió la revelación del Señor, la piadosa Lutgarda anunció esto de antemano, con grandísimo temor y júbilo, a la tantas veces mencionada Sibila de Gages; pues así como no tenía en todo a ninguna más querida, tampoco tenía a ninguna más íntima. Y con razón: porque, según el precepto del venerable Jacobo antes mencionado, se regía en todo por el consejo de esta misma Sibila, como más letrada.

Quince días antes de su muerte se le aparecieron la gloriosa Virgen María y el beatísimo Juan Bautista, a quien amaba con amor especialísimo; y le dijeron: «Ya está cerca tu consumación; te queda la corona de la justicia (2 Tim 4,8). No queremos que sigas aquí más tiempo, pues todos los ciudadanos del cielo te esperan». También los santos se le aparecieron con frecuencia aquel año en gran multitud, y le anunciaban la partida que pronto había de cumplir (Lc 9,31). También se le aparecían algunos de sus amigos más queridos que ya la habían precedido, asegurando que se alegraban sobremanera de que pronto partiría y se uniría a ellos. Habiendo contado esto a algunos amigos suyos, le preguntaron cómo podía distinguir entre los santos. Y ella dijo: «De Cristo mismo, el Santo de los santos, sale un resplandor que ilumina el alma, y en él reconozco perfectamente a cada uno de los santos que se me aparece». Advierte, pues, lector, que por este resplandor no entiendo otra cosa que el espejo de la Trinidad o de la eternidad. Pues, como dice el libro de la Sabiduría en el capítulo séptimo: Es resplandor de la luz eterna, espejo sin mancha de la majestad de Dios e imagen de su bondad; y, siendo una, todo lo puede, y, permaneciendo en sí misma, todo lo renueva, y a través de las naciones se transfiere a las almas santas, haciendo de ellas amigos de Dios y profetas (Sab 7,26–27). Por eso, cuando se le aparecían los santos, les rogaba con insistencia que dieran gracias a Dios por ella y por los beneficios que él le había concedido.

Con frecuencia había reprendido a las hermanas, las monjas de la enfermería, porque rezaban a Dios las Horas canónicas, instituidas por Dios, con poco cuidado y poca atención. Y como medio año antes de su muerte no viera en las demás una enmienda completa, cual convenía a la reverencia debida a Dios, dijo: «Sé que después de mi muerte la mano del Señor castigará esta falta en las hermanas; y entonces, acordándose de mi palabra y del azote, se enmendarán humildemente, y pronto retirará el Señor la mano que había extendido para el castigo». Con cuán veraz espíritu fue profetizado esto, no hay quien lo dude. Pues en cuanto la piadosa Lutgarda murió con dichosa muerte, se desató al punto una grave peste en la comunidad de monjas, y en brevísimo espacio de tiempo murieron catorce monjas de probadísima virtud. Pues yo llegué allí por aquel tiempo, y a dos hermanas, hermanas en el espíritu y en la carne, que partieron en un mismo instante, las sepulté en una misma tumba después de celebrar la misa por ellas. Y poco después, cuando las enfermas de la enfermería se hubieron enmendado plenamente en rezar con cuidado las Horas, retirando misericordiosamente el Señor su mano, como había predicho la piadosa Lutgarda, la peste cesó al punto. Os ruego, pues, oh señoras y hermanas de Aywières, que observéis a la piadosa Lutgarda en todos los dichos suyos que podáis observar; seguid de cerca las huellas de sus ejemplos, y espero que por sus oraciones llegaréis a la palma; y tomad como ejemplo en esto lo que añado.

Uno de sus amigos más queridos, un hombre seglar, había caído en un pecado grave. Se confesó, pues, e hizo penitencia del pecado, pero no mereció sentir en la oración ningún consuelo de perdón. Por eso estaba a punto de caer en el abismo de la desesperación; pero, acudiendo a la piadosa Lutgarda como a su propia madre, se lamentó con grave tristeza de lo que había hecho y de lo que padecía por su culpa. Ella derramó su oración por el pecador una vez, otra y una tercera, pero no recibió del Señor ninguna respuesta, como solía. Y él no se sentía mejor en nada. Viendo esto, la piadosa Lutgarda luchaba con el Señor en la oración con admirable insistencia de espíritu. Al fin, como no lograba vencer al Señor, que en su ira contenía sus misericordias (Sal 77,10), dijo: «O bórrame del libro de la vida, o perdónale esta culpa» (Éx 32,32). Al punto, ante estas palabras, el Señor, inclinado a la misericordia, dijo: «Mira, le he perdonado, porque confió en ti; y no solo a él, sino a todos los que tienen esperanza en ti y son amados por ti, les haré bien por tu causa». Ante estas palabras de Dios, aquel hombre recobró al punto plenamente la esperanza del perdón y, con el favor del Señor, llegó a un estado más grato y más sosegado que antes de su caída.

Sigue, pues, ahora un día que, en cuanto a ella, fue de júbilo y de alabanza, pero para nosotros y para todos los que vivíamos con el consuelo de su patrocinio, día de luto, día de gemido y de tristeza; día, digo, que yo, el más desdichado de todos, ni pude anticipar con mi muerte, como tantas veces se lo había rogado, ni puedo seguir, aban-

donado y más miserable que cualquier huérfano. Llegó, pues, el día, a saber, la vigilia de la octava de la Santa e Indivisa Trinidad, y cayó en cama con una fiebre muy grave, pero lenta, ella, indivisa adoradora de Dios trino. Y, agravándose la enfermedad, era duramente probada. El lunes siguiente, un hermano converso de Affligem llamado Guillermo (pues amaba especialmente a los monjes de aquel monasterio por su observancia religiosa) entró a visitarla, y entre otras cosas dijo: «¡Ojalá supiera nuestro señor abad que estáis tan gravemente enferma!» Y ella dijo: «Mañana vendrá aquel carísimo mío y me verá». Él, teniendo la respuesta por increíble, calló admirado. Y, llegada la mañana, como el dicho venerable abad pasara a dos millas de allí, ignorando por completo que la piadosa Lutgarda estuviera enferma, dijo a los que iban con él: «Vayamos a ver a doña Lutgarda, porque hace ya mucho tiempo que no la veo». Vino, pues, a Aywières; y cuando entró a verla, ella se alegró de todo corazón y, incorporándose en el lecho, se sentó; y tomándole la mano le dijo: «Ya me voy, carísimo, y no dejo bajo el cielo nada más querido que tú; pero sabe que el Señor me ha consolado respecto de ti». Dicho esto, el abad, reclamado por otros asuntos, se marchó; y ella permaneció con gran viveza de espíritu hasta el jueves. El jueves, pues, al oír la voz de la tantas veces mencionada Sibila de Gages, que entraba, dijo: «Siéntate aquí junto a mi corazón: mira, el claustro está lleno de la milicia del ejército celestial; están presentes las almas de los bienaventurados, y muchas de nuestras

hermanas que nos precedieron saliendo de este mundo». Dicho esto, calló; y en adelante, durante todo el viernes, permaneció con rostro gratísimo, arrebatada en espíritu en la sola contemplación de Dios. El sábado, inminente ya la hora de la muerte, abrió los ojos al cielo; y, fortalecida de antemano con los santificadores sacramentos, su alma feliz, exultante, vuela a los aires libres, a lo alto, en medio de las doncellas que tocan los panderos, mezclados los príncipes del ejército celestial con los cantores (Sal 68,26), el año de la Encarnación del Señor mil doscientos cuarenta y seis, en el mes de junio, el día decimosexto antes de las calendas de julio, en la indicción cuarta, en el sexagésimo cuarto año de su edad, hacia el atardecer, reinando nuestro Señor Jesucristo, a quien sea el honor y la gloria con el Padre y el Espíritu Santo por los inmortales siglos de los siglos. Amén.

Y cuando la piadosa Lutgarda exhaló el último aliento, algunas de las monjas, a quienes Dios concedió este don excelente, se llenaron de tal dulzura de espíritu y de tal alegría que no cabían en sí de asombro, y sentían en verdad perfectamente que el mismo Jesús, príncipe de nuestra salvación, presente en persona, en medio del inmenso júbilo de los moradores del cielo, había llamado su alma a las delicias del paraíso. Es propio, además, de la naturaleza de los que mueren que en la muerte se ennegrezcan con lívida palidez; pero la piadosa Lutgarda, en señal de inocencia virginal, mostraba en el rostro, en la muerte, una blancura con el brillo del lirio.

Al acercarse la hora de la muerte abrió hacia el cielo (como se ha dicho) los ojos, cerrados desde mucho antes, y después, ni en la muerte ni tras la muerte, pudieron volver a cerrárselos: porque la misma actitud de los ojos indicaba el camino por el que había pasado el espíritu. La piel de todo su cuerpo fue hallada por los que la tocaban de tanta suavidad que bajo la mano que la palpaba se la creía de lleno lino finísimo, tan blanco como suave; no es de extrañar, pues esta sencilla paloma sin hiel tuvo los ojos lavados con la leche de la pureza, ella que contemplaba sentada junto a las corrientes más caudalosas (Cant 5,12).

III. SU SEPULTURA. MILAGROS

Así, mientras se lavaba el sagrado cuerpo sin vida, cierta hermana que desde hacía muchos años había perdido por completo el uso de la mano tocó el cuerpo con la mano inútil durante el lavado, por casualidad y no a propósito, y de repente quedó restituida a la salud, con pleno uso de la mano para toda labor. Mira cuán de repente y cuán claramente, como dijimos más arriba, se cumplió la palabra profética de la venerable María de Oignies, cuando, estando para morir, predijo de la piadosa Lutgarda: «Ahora, en vida, hace milagros espirituales; los corporales los obrará después de la muerte». Digno era, sin duda, y en verdad dignísimo, que aquel Dios a quien la piadosa Lutgarda proclamó con su vida admirable en sus santos (Sal 68,36) la mostrara también a ella admirable con signos evidentes aun después de la muerte.

Muchos años antes de su muerte había rogado con insistencia a varias monjas y a hermanos conversos que, si sucedía —como, ¡ay!, sucedió — que yo no estuviera presente en la muerte de la piadosa madre Lutgarda, le cortaran la mano y me la reservaran, por su sagrada memoria; y para ello había obtenido licencia de la venerable Hawide, abadesa de aquel mismo lugar. Pero es propio de la naturaleza de las mujeres no poder ocultar lo que debe ocultarse del todo, según aquel proverbio vulgar:

Calla, mujer, desde luego, si es que alguna puede;

y así las monjas contaron a la piadosa Lutgarda lo que yo había dispuesto acerca de cortarle la mano. No mucho después, habiendo venido yo a Aywières y comenzado a conversar con ella, me miró con rostro serio y me dijo: «He oído, hijo carísimo, que ya dispones cortarme la mano después de mi muerte; y me pregunto con gran extrañeza qué piensas hacer con mi mano». Yo, pues, cubierto de rubor, dije: «Creo que tu mano me vendrá para bien de mi alma y de mi cuerpo, si llego a obtenerla, como pretendo». Entonces ella, sonriendo con el rostro sereno que siempre tenía, y poniendo el dedo meñique de la mano derecha sobre el alféizar de la ventana en que conversábamos, dijo: «Te bastará de sobra con que puedas tener este dedo después de mi muerte». Entonces yo, arrebatado ya con más confianza, dije: «Nada de tu cuerpo, madre, podrá bastarme, si no tengo la mano o la cabeza, con que consolarme entonces, privado de ti». Dicho esto, pasamos a otras

palabras, sin que yo dijera nada de ello a nadie, ni lo ponderara ni reparara en ello. Así pues, muerta ella, cuando el cuerpo, aún no llevado a la iglesia, se guardaba en la enfermería, cierto Guido, joven devotísimo, y otro compañero suyo, hermanos conversos, pensaban cortar la mano a la piadosa Lutgarda; pero, como no se atrevían a tanto, le amputaron aquel mismo dedo de la mano derecha que ella había dicho que me bastaría, y le sacaron de la boca dieciséis dientes. Y yo, conocida su muerte y al oír que le habían amputado un dedo, sin saber cuál de los dedos era, dije: «Ahora veré con más claridad si la piadosa Lutgarda resulta ser verdaderamente profetisa, ella que ya hace muchos años predijo que me bastaría el meñique de su mano derecha». Vine, pues, a Aywières, y hallé amputado aquel mismo dedo, como ella había predicho; y pensé con ansia que me bastaba en todo, y que sería feliz si pudiera obtenerlo. Acudiendo, pues, a la abadesa por este asunto, derramé súplicas con lágrimas; pero, con gran dolor mío, pronto hallé que solo la abadesa era inexorable; no sin disposición, creo, del consejo celestial: pues el Todopoderoso disponía probar que yo obtendría su dedo según la promesa de la piadosa Lutgarda, aunque una sencillez ignorante me lo había negado. Volví a Aywières por segunda vez y, prometiendo escribir la Vida de la piadosa Lutgarda, recibí con inmensa alegría del corazón el don deseado más que el oro y la plata. Y que nadie, por envidia, me muerda ni me juzgue digno de reproche por esto, si abrazo con tanto amor el dedo de la piadosa

Lutgarda, aún no canonizada: pues la beatísima Natalia cortó el brazo del mártir Adrián en cuanto lo mataron. También el dedo de la venerable María de Oignies, aún no canonizada, cortado en su muerte, lo llevó muchos años colgado al cuello como grandísimo tesoro el que fue obispo de Acre, de piadosa memoria, y después cardenal de la Curia romana, y lo dio a llevar al papa Gregorio IX, de solemne memoria, contra el espíritu de blasfemia con que era atrozmente tentado. También a la bienaventurada Isabel, landgravina de Turingia, muerta hace poco en nuestro tiempo, le fue cortado enseguida el pulgar junto con el índice. Y puesto que esto tiene tan autorizados precedentes en santa Natalia, en el memorable varón el cardenal Jacobo, en Gregorio, pontífice de la ciudad de Roma, y en muchos otros dignos de fe, nadie lo juzgará en mí como hecho necio e impío, si no es él mismo claramente necio e impío.

Después de esto, mientras su sagrado cuerpo yacía en el féretro para ser sepultado, se planteó la cuestión de dónde se depositarían tan grandes y tan solemnes reliquias. Y sucedió por disposición divina que el venerable abad de Aulne, padre y visitador de aquel monasterio según la Orden, estaba allí desde tres días antes de la sepultura de la piadosa Lutgarda, aguardando sobre todo su tránsito. Planteada, pues, la cuestión de dónde convenía sepultar un tesoro tan preciosísimo, respondió el abad: «¿Y dónde —dijo— sino en la iglesia, donde pueda ser dignamente visitado por todos?» En verdad respondió en todo con

prudencia y con acierto, conforme a lo que ella misma había predicho en vida. Pues cuando las monjas de Aywières más allegadas a ella le preguntaron en vida qué harían cuando ella muriera, privadas de tan gran sufragio de sus oraciones, respondió: «Acudid a mi sepulcro; allí estaré con vosotras muerta, como viva». Cuán verdaderamente y con qué espíritu profético predijo esto, estoy seguro de que no lo ignora nadie que haya invocado su auxilio con corazón fiel. ¿Y dónde debía hacerse esto con más conveniencia que en el lugar señalado donde solía unirse a Dios en la oración y la contemplación? La palabra del abad obtuvo, pues, el consentimiento de todos, y es sepultada en el lado derecho del coro, junto a la pared donde solía orar, en un lugar solemne y honroso. Y la dicha Sibila de Gages, versificando a modo de epitafio, dijo:

Lutgarda brilló; llevó una vida sin culpa; / vive con Cristo aquella a quien cubre esta piedra. / Hambrienta y sedienta de lo celestial, lloró; / ahora el día puro, el rostro del Esposo, brilló para ella. / Fue espejo de vida, flor del claustro, joya de sus hermanas; / brillaron en ella la piedad, la compasión y la gloria de las costumbres.

Poco después de ser sepultada, se apareció a cierta Isabel de Wans, monja de Aywières, que antes había sido abadesa en Saint-Dizier, en la Champaña de Francia. Y al aparecérsele en gran gloria, ella le preguntó: «Oh dulcísima señora, ¿has padecido el purgatorio durante algún espacio de tiempo?» Y ella: «No solo pasé al descanso sin purgatorio, sino que, al pasar por delante del

purgatorio, me compadecí de los que allí eran atormentados y los bendije; y muchas almas, libradas de sus penas por la bondad divina, las llevé conmigo a la amenidad del paraíso». Mientras decía esto, le pareció a la dicha Isabel que la piadosa Lutgarda decía a una monja jovencita llamada Matilde, que aún vivía: «Sígueme». Entendiendo por ello que la jovencita la seguiría por la muerte, Isabel se ofrecía también a seguirla, diciendo: «Permíteme también a mí seguirte, dulcísima madre». Y la piadosa Lutgarda dijo: «No puedes seguirme ahora, pero después, hija, me seguirás a mí, tu madre» (Jn 13,36). Esta visión tuvo efecto al punto: pues la jovencita a quien la piadosa Lutgarda había invitado a seguirla murió dentro de nueve días; en cambio Isabel, que se ofreció a seguirla y a quien no se le concedió, sobrevivió.

Además, cuando, según la profecía de la piadosa Lutgarda, una cruel peste mortal se cebaba en las monjas de Aywières, una de las monjas vio en visión que muchos irrumpían con insolencia en la iglesia del monasterio. Y como nadie había podido contenerlos en su insolencia, vio que la piadosa Lutgarda se levantaba del sepulcro y los expulsaba a todos de la iglesia con grandísima violencia. Al punto la dichosa visión alcanza su efecto, y el monasterio de Aywières queda libre de la insolencia del contagio pestilente.

Cada una de las monjas se llevó a toda prisa cuanto pudo conseguir de sus cíngulos, tocas, velos y otras cosas, como reliquias, y en verdad grandísimas reliquias. Una nobilísima doncella,

Beatriz de Roania, monja, que con su patrimonio había sacado con gran largueza al monasterio de Aywières de la pobreza, tenía en el cuello un ántrax, que los médicos llaman carbunco; se puso alrededor del cuello el velo de la cabeza de la piadosa Lutgarda, y la hinchazón, que crecía perniciosamente, desapareció al punto a ojos vistas. Con justicia, oh piadosa Lutgarda, y dignamente en todo hiciste esto: que cosechara tus bienes espirituales después de tu muerte aquella cuyos bienes temporales recibiste en esta vida.

Don Alardo, capellán allí durante muchos años, como le doliera con gran angustia un pulgar hinchado, atándose al pulgar hinchado reliquias de la piadosa Lutgarda, sintió pronto de manera sensible el remedio del dolor y de la hinchazón.

Oda, subpriora de Aywières, como le doliera gravemente una mano hinchada, atando a su alrededor reliquias de la piadosa Lutgarda, sintió al instante el remedio de una salud perfectísima.

Una monja del mismo nombre, pariente mía, nacida en la villa de Braine-le-Comte, a causa de una debilidad de la cabeza que la había aquejado largo tiempo, no podía soportar en absoluto el olor del lirio; y como se pusieran lirios junto al sepulcro de la piadosa Lutgarda, sintió horror a su sola vista; pero, habiendo asomado solo la cabeza por la puerta para probar a entrar, y no notando molestia alguna, entró al punto con más confianza, se quedó allí, se acercó al sepulcro, acercó los lirios a la nariz, y no sintió en absoluto dolor de cabeza. La misma monja, postrándose una noche a oscuras junto al sepulcro de la piadosa Lutgarda

para orar, se golpeó el ojo con el hierro puntiagudo de un candelero, y al punto se llevó la mano al ojo para retener el globo, como arrancado de su sitio, no fuera a caerse del todo. Oprimida por un dolor insoportable, dijo: «¿Qué es esto, oh santa madre Lutgarda, que me ha sucedido? Postrándome para venerarte, he perdido el ojo que tú debías guardar; y he sacado daño de donde esperaba remedio». Dicho esto, se levantó, y en el breve espacio de una hora quedó plenamente restituida a la salud, sin padecer ninguna dolencia ni dolor.

María de Andenne, monja de Aywières, atormentada por un gravísimo dolor de cabeza, de modo que no podía tener en reposo ni un momento miembro alguno del cuerpo y se revolcaba por el suelo sin poder sufrirlo, con admiración de todos, que pensaban que perdía de repente el juicio, fue curada al punto tan visiblemente con el velo de la piadosa Lutgarda que no le quedó dolor alguno.

Una noble matrona llevaba larguísimo tiempo en un parto peligrosísimo; trajeron el cíngulo hecho de crines de caballo que la piadosa Lutgarda solía llevar sobre la carne para mortificar su cuerpo, y ella se lo puso sobre el vientre; y, con asombro de todos, dio a luz sin dolor alguno, sana y salva ella y su criatura. Lo mismo se ha comprobado con eficacia en diversos lugares y en diversas personas.